

LA RACIONALIDAD DE LA ORGANIZACION ANDINA

2da. edición

Jürgen Golte

IEP *Instituto de Estudios Peruanos*

*la racionalidad
de la organización andina*

la racionalidad de la organización andina

Jürgen Golte

INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

COLECCIÓN MINIMA /9

*"Mikuniku, llamkaniku,
qanaypi, uraypi, kaylawpi, waklawpi"*

*"Comemos, trabajamos,
"arriba, abajo, aquí y allá",*

Comuneros de Culluchaca

© IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telfs. 32-3070 / 24-4856

Impreso en el Perú
1era. edición, noviembre 1980, 3000 ejemplares
2da. edición, mayo 1987, 2,000 ejemplares

CONTENIDO

PREFACIO	11
INTRODUCCIÓN	13
LA RACIONALIDAD DE LA ORGANIZACIÓN ANDINA	17
Monocultivo vs. aprovechamiento multicíclico	33
Los ciclos ganaderos	46
La elasticidad en la asignación de la mano de obra	49
SIGNIFICADO SOCIAL DEL MANEJO PARALELO DE CICLOS AGROPECUARIOS EN DIVERSOS PISOS ALTITUDINALES	53
Epoca prehispánica	57

Epoca colonial	58
Hacia la actualidad	64
ESTRATEGIAS POLICÍCLICAS Y CONFLICTOS SOCIALES	81
SOBREPOBLACIÓN, RELACIONES MERCANTILES Y ASALARIAMIENTO	58
CONDICIONES NATURALES Y UBICACIÓN DE COMUNIDADES	95
La naturaleza y el aprovechamiento agrario	95
Las comunidades de la vertiente occidental	98
Las comunidades de la vertiente oriental	101
Las comunidades interandinas	102
Extensión de las tierras dedicadas a la agricultura y ganadería	107
EL PROBLEMA DE LA PRODUCTIVIDAD	110
BIBLIOGRAFIA	119

Después de más de diez años de aplicación de la reforma agraria en el Perú, y teniendo presente no sólo sus intenciones, sino también sus resultados reales, la comunidad campesina andina resulta ser la forma más importante de organización de su población campesina. Pese a su inserción cada vez mayor en el mercado nacional y la diferenciación concomitante de sus pobladores, y no obstante la migración persistente, no solamente se ha mantenido sino que, como puede verse en el caso de muchas haciendas transformadas en comunidades, parece constituir un tipo de organización que se expande en el medio andino.

El INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS a fines de 1979 trató de encarar este fenómeno en un proyecto comparativo entre los países andinos. Con el pro-

pósito de elaborar los términos de referencia del estudio por emprender en marzo de 1980, se organizó un seminario que en sus discusiones partió de trabajos elaborados por Juvenal Casaverde, Carlos Degregori, Gabriel Martínez, Tristán Platt y el autor. En las discusiones, dirigidas por John V. Murra, participaron, aparte de los ya citados, Heraclio Bonilla, José María Caballero, Verónica Cereceda, Julio Cotler, José Matos Mar y María Rostworowski de Diez Canseco. Sus comentarios contribuyeron a una ampliación sustantiva del texto original presentado al seminario, que ahora se hace accesible a un público más amplio. Jaime Urrutia y Modesto Gálvez, y principalmente Carlos Degregori, contribuyeron con sus observaciones a la elaboración del texto original, Martín Salm permitió con su trabajo bibliográfico una comparación más exacta con la agricultura de otros continentes. La 'Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG)' apoyó financieramente la investigación de la que parte este ensayo.

A todos ellos mi agradecimiento.

INTRODUCCION

EL PRESENTE TRABAJO trata básicamente de las formas de aprovechamiento agropecuario que los habitantes andinos han desarrollado a lo largo de varios milenios, enfrentándose con una naturaleza que, en comparación con otras regiones donde se han desarrollado sociedades agrarias complejas, resulta poco propicia para la agricultura. La respuesta andina a esta desventaja relativa se centra en el aprovechamiento de diversas zonas ecológicas, que supone una mayor variedad de cultivos. La razón principal para el aprovechamiento múltiple, que Murra ha denominado "el control vertical de un máximo de pisos ecológicos", la entendemos más como necesidad que como consecuencia de un "ideal andino compartido por etnias muy distantes geográficamente entre sí" (Murra 1975: 60).

Los campesinos andinos han encontrado en el "control vertical", y en el manejo paralelo de una serie de ciclos de producción agropecuarios, una respuesta a las desfavorables condiciones naturales que limitan seriamente su productividad. Intercalar ciclos de producción les permite aprovechar la mano de obra agropecuaria en forma mayor y más prolongada que a otras sociedades más favorecidas por la naturaleza.

El manejo paralelo de dichos ciclos resulta posible gracias a la existencia de instituciones que regulan formas complejas de cooperación entre un gran número de unidades domésticas. Su gran variedad impide percibir algunas veces su inserción racional en el manejo paralelo de varios ciclos agropecuarios. La necesidad de mantener dichos ciclos tiene su razón de ser: en los Andes, dada la baja productividad del trabajo agrícola, el monocultivo resulta imposible, salvo raras excepciones. Los agricultores dedicados sólo a un monocultivo, difícilmente podrían sobrevivir, por lo que se ven obligados a completar sus gastos de reproducción en tareas productivas adicionales. Desde hace tiempo la respuesta a este reto ha sido el manejo de una serie de ciclos agropecuarios. Si bien ésta parece ser la norma conviene advertir que hay excepciones, especialmente en aquellas regiones donde la variación de la naturaleza es mínima a lo largo de grandes extensiones. En los casos del valle del Mantaro, el altiplano del Collao

y algunos otros ha habido, según los distintos contextos históricos, múltiples intentos de crear las condiciones de reproducción, que no siempre han derivado en soluciones vinculadas al manejo de ciclos agropecuarios. En muchos casos han conducido, por ejemplo, a la utilización del trabajo campesino en actividades artesanales, a su empleo temporal en actividades mineras, textiles, fabriles o en la organización del intercambio. Según el momento histórico hay que entender a los campesinos andinos en la totalidad de estas actividades, que corresponden a un mismo patrón de enfrentamiento a las carencias del medio.

La necesidad del manejo paralelo de una serie de ciclos agropecuarios imprime su sello al mundo andino. El acatamiento del "ideal" resulta ineludible. Las formas de cooperación necesarias en esta manera hacen difícil la repetición de una historia como la europea, donde las formas de labrar la tierra permitieron, en un momento determinado, el surgimiento de campesinos "parcelarios" que controlaban individualmente sus tierras. En este caso, la unidad doméstica proporcionaba la fuerza de trabajo suficiente para cumplir las tareas agrícolas.

El hecho que actualmente la apropiación de los productos agropecuarios se inscriba en una lógica de propiedad privada del suelo y del ganado, no debe impedir que percibamos estos productos como el resultado de formas de cooperación en la apropiación de la naturaleza que sobrepasan ampliamente a las

unidades domésticas. La actual "comunidad campesina" se inscribe en esta lógica de cooperación, aunque puede sobrepasar este marco. De hecho lo sobrepasa cuando los comuneros se emplean temporalmente en tareas agrícolas cuya organización les ha sido arrebatada. Por ejemplo, en los casos de la articulación entre la burguesía rural y comuneros asalariados temporalmente, así como en los que muestran una asociación entre comunidad y hacienda, e incluso entre varias comunidades, se recrea la organización andina en situaciones que, a primera vista, parecerían ajenas al medio. Lo sostenido aquí es que las actividades humanas destinadas a su reproducción deben entenderse como un conjunto, a pesar de que en él existan límites relacionados con la articulación del poder, es decir, prerrogativas de algunas unidades domésticas en la organización de la producción y en la apropiación de sus resultados. Es el conjunto el que permite la reproducción de sus partes. Si las partes de por sí no la aseguran, resulta imposible analizarlas separadamente.

LA RACIONALIDAD DE LA ORGANIZACION ANDINA

EN PRIMER TÉRMINO, nos referiremos a las particularidades del mundo andino frente a los hábitats de otras sociedades agropecuarias; luego esbozaremos lo que entendemos por organización andina.¹

1. Al discutir el original del presente trabajo surgió la cuestión de un posible "determinismo geográfico" inherente a las tesis esbozadas. El determinismo geográfico relacionó de manera absoluta, lineal y ahistórica, desarrollos sociales, económicos, culturales y hasta síquicos con las condiciones del hábitat. En este trabajo la relación entre las condiciones de la naturaleza del hábitat y las sociedades no se percibe de modo estático ni determinante, sino como resultado de un proceso histórico, en el que los hombres llegan a dominar parcial o completamente las condiciones de la naturaleza. Esta, a su vez, se transforma en este proceso, tal como las sociedades humanas adquieren caracteres diversos según su capacidad de controlar sus condiciones y según la dirección que adquiere su inserción en la naturaleza. Esta dirección, si bien parcialmente determinada por las fuerzas actuantes en la so-

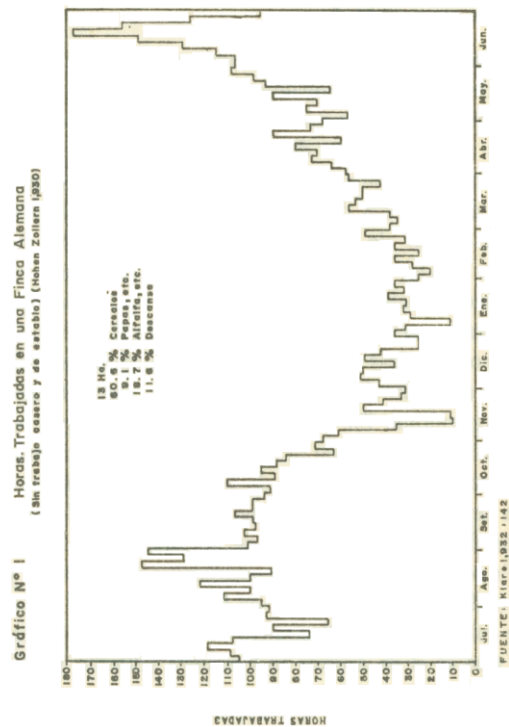
En la mayoría de las sociedades agrarias encontramos ciclos estacionales de trabajo agrícola bastante marcados. Esta estacionalidad se explica, normalmente, por la variación climática del hábitat. El campesino europeo, y en general el de las zonas templadas y frías, se encuentra sometido a los ciclos de la naturaleza. Desarrolla una actividad febril a finales del otoño preparando los terrenos para la siembra. En algunos casos, es entonces que empieza a sembrar los cereales, antes del inicio del invierno, durante el cual se da una larga temporada de su ocupación que dura de cuatro a cinco meses. En la primavera se utiliza un período muy corto en la Siembra de los terrenos preparados en otoño. Durante el período de crecimiento de los cultivos principales se presenta otra época de sub utilización de la fuerza de trabajo. Con la madurez de los cultivos, antes del ciclo de las

ciudad, depende también de la capacidad históricamente adquirida para controlar las fuerzas de la naturaleza y también de las condiciones naturales del hábitat. La tendencia general de menor a mayor control de la naturaleza de ninguna manera es un proceso unilineal ascendente, muchas veces se trunca, y puede adquirir formas sumamente diversificadas. El modo andino, por ejemplo, con el desarrollo de formas de cooperación complejas, la domesticación generalizada de una gran variedad de plantas, y la transformación del ambiente mediante el riego y construcción de andenes, se diferencia fundamentalmente del modo europeo, que desde momentos muy tempranos incide sobre el perfeccionamiento de herramientas para multiplicar y hacer efectivo el trabajo humano sobre la naturaleza. Véase al respecto Cardoso y Pérez Brignoli 1979: 15-39.

lluvias de otoño, vuelve a presentarse un nuevo período de utilización intensa de la mano de obra. En la agricultura alemana de hoy, pese a la mecanización extrema de las tareas, en las que se utilizan cosechadoras semiautomáticas, debe recurrirse todavía a población no campesina, la que labora con luz artificial en turnos ininterrumpidos día y noche con el fin de lograr la cosecha en las pocas semanas aptas para ello. Un gráfico de la intensidad de la utilización de la mano de obra en la agricultura, sea que ésta dependa de las variaciones climáticas entre verano caliente o invierno frío, sea que dependa de las avenidas de los grandes ríos –como el Nilo–, o que dependa del monzón, es decir, de una marcada estación de lluvias, mostraría una línea sinuosa con altos pronunciados en la preparación del terreno para la siembra, en la siembra misma, y en la cosecha; mientras los intermedios se caracterizarían más bien por una pronunciada subutilización de la mano de obra. Dicho de otra manera: el agricultor trabaja efectivamente durante períodos bastante reducidos, pero su elevado desarrollo técnico le permite en esos lapsos producir lo suficiente para mantenerse y adquirir los insumos necesarios.

La estacionalidad del trabajo agrícola en las economías agrarias de zonas templadas y frías, con fuerte variación climática en el transcurso del año, ha sido un reto para los agricultores casi desde los comienzos de la agricultura. Sólo la invención de im-

plementos de trabajo como el arado, las segadoras, sembradoras y cosechadoras, hizo posible que la agricultura quedara completamente desligada de la caza y recolección. Sin embargo, pese a contar con esos implementos los campesinos muchas veces tuvieron que usar su mano de obra fuera de la misma economía agraria. Un gran avance en la estabilización del trabajo agrario ha sido la estabulación del ganado de todo tipo. Por último, si bien la mecanización de la agricultura no ha eliminado la estacionalidad de la utilización de la fuerza de trabajo, ha elevado los niveles de productividad, de tal manera que la agricultura y su estacionalidad del trabajo ocupa solamente porcentajes reducidos de la población. Por consiguiente, el fenómeno no adquiere dimensiones importantes a nivel de la sociedad total. Pese a todo, persiste el reto de la estacionalidad del trabajo agropecuario. La introducción del cultivo en invernaderos, especialmente en Holanda, o de establos cerrados y mecanizados en Europa occidental significan, finalmente, la independencia del ritmo de trabajo impuesto por la naturaleza. El gráfico 1 muestra la estacionalidad de la utilización de la mano de obra en una finca alemana antes de la mecanización (Klare 1932: 14-2). En esta finca la mayor área está dedicada al cultivo de cereales y secundariamente al de papa y alfalfa, lo que permite el mantenimiento de ganado vacuno estabulado. Si se consideran todas las actividades de esta finca, inclusive el trabajo casero y de establo, la utilización de la fuerza de trabajo se-

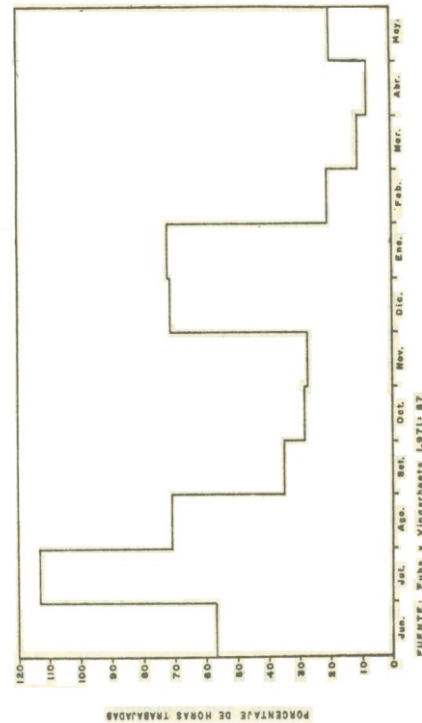


ría un total de 65%, mientras que al trabajo del ciclo agrario correspondería sólo el 50% de la fuerza de trabajo, cuya totalidad se requiere en los meses de mayor actividad.

Las regiones tropicales y subtropicales, cuando dependen de la estacionalidad de las lluvias o de la avenida de los ríos para el riego, no presentan cuadros muy diferentes de requerimiento de la mano de obra. El gráfico 2 muestra la utilización porcentual de la fuerza de trabajo en una aldea de la planicie central de Tailandia, dedicada al cultivo del arroz (Fuhs y Vingerhoets 1971). En este caso se aprovecha solamente el 39.3% de la mano de obra requerida en el mes de mayor intensidad de trabajo agrícola. Quizás esta aldea muestre un grado muy alto de subutilización de fuerza de trabajo para este tipo de agricultura. En ella la intensificación del aprovechamiento de la mano de obra depende, básicamente, no tanto de la utilización de herramientas o ambientes separados del clima, como en el caso de Europa, sino del perfeccionamiento de los sistemas de irrigación, especialmente de la construcción de embalses y con ellos de la posibilidad de introducir varios ciclos de cultivo. Un caso ilustrativo de un desarrollo de este tipo es el de Angkor en Cambo'a (Stierlin 1970).

Lo que diferencia al mundo andino de Europa occidental, del mundo mediterráneo, de las cuencas de los grandes ríos —como el Eufrates, el Amarillo, Ni-lo, Indus, Ganges, Mekong y otros menores— en las

Gráfico Nº 2 Distribución Porcentual de Horas Trabajadas en la Agricultura
Pese a la alta intensidad de trabajo agrícola, se subutiliza la fuerza de trabajo.
Amphoe Bang Pichit, Agutthay (Mayormente cultivo de arroz con irrigación) TAILANDIA



que se desarrollaron sociedades agrarias, así como también de las praderas del Medio Oriente y las pampas argentinas, es la gran diversidad de condiciones ecológicas en espacios muy reducidos y, con ella, la multiplicidad de cultivos y formas de aprovechamiento agropecuarios adaptados a las variaciones de la naturaleza. Por otro lado, esta riqueza y multiplicidad propias del mundo andino se encuentran enmarcadas en condiciones sumamente limitantes: existe poca cantidad de terrenos planos; suelos generalmente pobres; terrenos propensos a la erosión; en la vertiente occidental carestía de agua y, en general, la dureza del clima de las montañas tropicales, con un número significativo de días que aumentan con la altura, caracterizados por heladas nocturnas y marcadas diferencias de temperatura entre el día y la noche, y entre sol y sombra. El conjunto de sus limitaciones tipifica a un mundo en el que la productividad es relativamente baja, en especial porque lo accidentado y diferenciado del terreno dificulta el uso de herramientas para la producción en gran escala –como el arado con tracción animal– u otras formas de multiplicar los efectos del trabajo humano con el apoyo de fuerza animal o mecánica. Por estas razones, esta alternativa de desarrollo queda necesariamente trunca. Un indicador de la limitación natural de este tipo de desarrollo se aprecia a partir de la conquista española, con el proceso sumamente lento y reducido de introducción al mundo andino de

elementos técnicos profusamente desarrollados por otras sociedades agrarias.

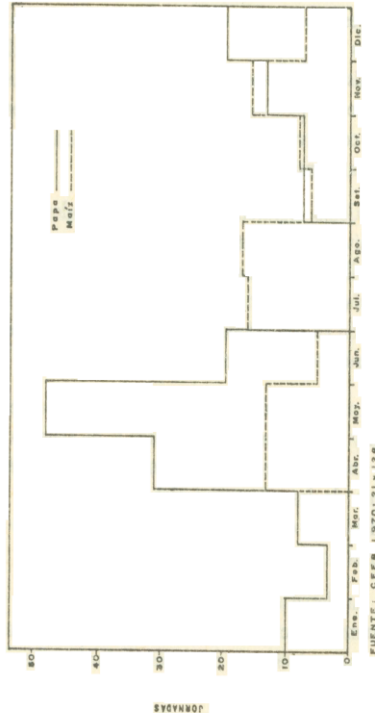
Pese a esto, el mundo andino ha producido sociedades complejas e inclusive, en algunos estadios de su historia, niveles de consumo campesino perfectamente comparables con los de otras sociedades agrarias con niveles técnicos y de utilización de energía animal considerablemente mayores.

¿Cómo lograron alcanzar los pobladores andinos un nivel de productividad social que permitiese el desarrollo de sociedades complejas, el mantenimiento de clases suntuarias y un nivel de densidad de población en condiciones alimenticias que hicieron posible su perfecta reproducción?

La explicación se encuentra en la organización social y económica de la población y, de acuerdo a ella, en una forma especial de control territorial. Al conjunto de las estrategias elaboradas a través de los milenios de ocupación humana en los Andes lo llamaremos aquí "organización andina".

La desventaja de los Andes, representada por el extremo fraccionamiento de los terrenos de cultivo, la gran variación de condiciones climáticas en los diversos pisos altitudinales se convierte en ventaja relativa al permitir a los campesinos andinos el mantenimiento de una serie de ciclos agropecuarios, con sus respectivos requerimientos estacionales de mano de obra. Pero como éstos no coinciden, sino que se

Gráfico N° 3 Requerimientos Mensuales de Mano de Obra en el Monocultivo de la Papa (Chucuito) y el del Maíz (Antebamba) por Ha.

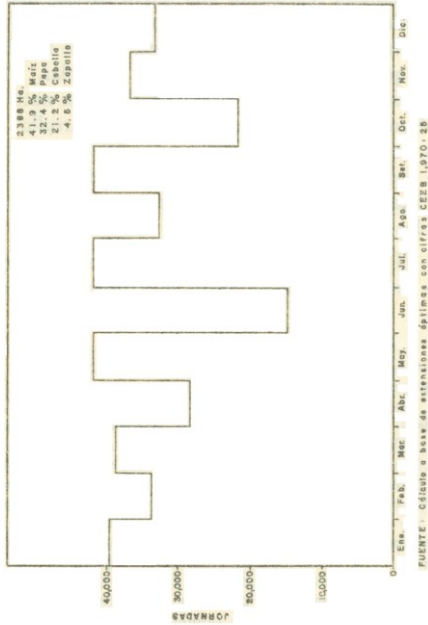


intercalan, la suma de requerimientos de mano de obra para los ciclos agrarios en los diferentes pisos altitudinales representa una curva mucho más equilibrada (gráfico 4) y, por supuesto, una cantidad de días laborables en la producción misma mucho mayor que en las otras sociedades agrícolas. De esta manera, la desventaja inherente al medio natural que enfrenta el agricultor andino, el desarrollo limitado de la tecnología agraria y el poco uso de la fuerza animal o mecánica, encuentra su contrapeso en la utilización más prolongada de mano de obra en los ciclos de producción anual.²

El mantenimiento de una serie de ciclos agrarios en terrenos distantes entre sí, a diferencia de la si-

2. El concepto de tecnología se utiliza aquí de una manera restringida. Los conocimientos adquiridos en las sociedades andinas se diferencian de los europeos (que se plasman en "tecné" en procedimientos [artes] de transformar la naturaleza con herramientas) de una manera tan importante que la utilización del mismo concepto confunde más de lo que esclarece. La experiencia andina se expresa, por un lado, en la transformación real de la naturaleza: el espacio andino resulta ser, con amplia ventaja, el centro mundial más importante de domesticación de plantas. De otro lado, esto se complementa con conocimientos muy precisos respecto a cómo ubicar cada cultivo en las condiciones específicas del hábitat, que a su vez es transformado y, finalmente, las formas de organización social, que permiten interactuar de esta manera con la naturaleza, resultan también específicas, casi localistas. Todo esto se conjuga en el pensamiento andino de manera tal, que las extrapolaciones de "herramientas", de "técnica", posibles en el modelo europeo, resultan limitadas e inadecuadas para la comprensión del proceso andino.

Gráfico N° 4 Requerimientos Mensuales de Mano de Obra en el Policultivo Andino (Arequipa)



tuación en otras sociedades agrícolas, donde los terrenos de cultivo rodean la casa del campesino, requiere formas especiales de organización. Una unidad doméstica que necesite recorrer grandes distancias para cumplir tareas sumamente limitadas, en chacras de poca extensión, tiene que asociarse con otras para que la ventaja no se convierta nuevamente en desventaja por el tiempo de trabajo perdido en los caminos. Existe la necesidad de encontrar formas de cooperación entre varias unidades domésticas, que permitan a una, o a un limitado número de personas, asumir el cumplimiento de una tarea agrícola en sus chacras. Del mismo modo, la necesidad de regularizar la prestación de trabajo de varias unidades domésticas con acuerdos claros sobre la asignación de los beneficios del trabajo. Como la cantidad de trabajo en los diversos momentos de un ciclo agrario varía, la contabilidad en la asignación de los beneficios sería sumamente complicada después de la cosecha, si se pretendiera distribuirlos según la cantidad de trabajo prestado en un ciclo de cultivo. Esto resultaría una tarea difícil si se considera que se trata de una multitud de ciclos agrarios seguidos al mismo tiempo por un conjunto de unidades domésticas. En los Andes se han dado dos soluciones a este problema. Una es el cultivo comunal. Es decir, un conjunto de unidades domésticas posee en común una chacra en un piso altitudinal. Sus integrantes la trabajan de acuerdo a la necesidad del momento. Cuando hay poca necesidad de mano de obra se rota la tarea entre las

unidades domésticas y el producto obtenido se distribuye entre las unidades después de la cosecha. La otra solución es la asignación de chacras a las unidades domésticas. En este caso, el proceso productivo lo organiza cada unidad. Las tareas agrícolas rotan entre las unidades en sistemas recíprocos, de modo tal que todas las unidades al cabo del ciclo agrario hayan cumplido el mismo número de tareas. La cosecha de cada chacra corresponde a la unidad doméstica pertinente. Sistemas parecidos existen para la ganadería.

Así como en el ciclo de producción existen momentos en los que se requiere poco personal, hay otros, cuando las necesidades de cooperación superan ampliamente el marco de la unidad doméstica, en los que es indispensable un gran número. Estas necesidades de cooperación son mayores cuanto menos se recurra a otros tipos de energía e implementos técnicos. A manera de ejemplo puede mencionarse la limpieza de los canales de riego después de las grandes avenidas, que requiere de la cooperación de muchos pobladores; la construcción de un reservorio; el levantamiento de cercos que permiten el aprovechamiento racional de los pastos; la construcción y mantenimiento de los caminos, etc. Probablemente, si estas tareas fuesen realizadas con el auxilio de instrumentos mecánicos o trabajo animal, bastaría un pequeño grupo para su realización. Sin embargo, la obligación recae sobre la gente con instrumentos de

trabajo sumamente simples, por lo que no queda otra solución que agregar individuos y estructurar el grupo para que la cooperación sea efectiva para el logro de una finalidad precisa. El volumen de la cooperación y el número de personas requerido varía según las necesidades concretas de la tarea. Pueden ser grupos de cuatro o cinco unidades domésticas para el barbecho de los terrenos; grupos más extensos para la construcción de andenes, una casa, la esquila del ganado lanar; todas las unidades domésticas de un pueblo o, incluso, las de varios pueblos cuando el volumen de la tarea sobrepasa la capacidad de trabajo de un pueblo o cuando el resultado de la tarea beneficia a varios. Entre la población campesina andina existen instituciones que regulan y facilitan la constitución de grupos de cooperación y que norman las reglas de comportamiento entre sus integrantes, las obligaciones que cada uno tiene con los otros y su distribución de tareas (Alberti y Mayer 1974).

Estos grupos surgen de la necesidad de cooperación en la producción, que es la base para la reproducción del grupo que coopera y de sus integrantes. Son grupos formados de acuerdo a la lógica del trabajo con fines concretos. No son instituciones grupales para perpetuar ideales abstractos de hermandad o igualdad. Su organización interna puede estar jerarquizada, y en muchos casos así es. Los resultados del trabajo colectivo pueden favorecer a unos más que a otros, la desigualdad puede ser su carac-

terística.³ En el universo socioeconómico andino hay numerosas posibilidades para reunir mano de obra en momentos en que el ciclo de producción lo requiere. Hay constelaciones de parientes, base de pequeños grupos de cooperación (los *masa* que cooperan especialmente en el barbecho; el grupo suegro-yrerno, muy frecuente para conseguir mano de obra para el cultivo de maíz y papa). También hay grupos de edad, de vecindad, de parentesco "espiritual" (compadres, padrino-ahijado), en muchos casos asimétricos. Existen cofradías y hermandades que, por un lado, se dedican a la veneración común de un santo y, por otro, sirven como base de cooperación en determinados momentos y para tareas precisas. Asimismo, existen barrios, juntas de regantes, grupos de gente que participan en la utilización de unidades de pastoreo de ganado vacuno o lanar. También están las comunidades que regulan la cooperación de sus miembros y los municipios supracomunales. Finalmente, otras instituciones estatales permiten la cooperación entre varios pueblos y provincias enteras en tareas que supestandamente son de beneficio común, aunque no sea

3. Resultan sugerentes en este contexto las hipótesis de Grondin "La comunidad indígena, tal como se expresa en Muquiayuyo, construye fundamentalmente un instrumento de 'explotación calculada', La historia de su evolución es el desarrollo de las relaciones de poder para controlar este instrumento y para utilizarlo" (1978: 29), si bien el autor desliga las relaciones de poder de la organización de la producción, convirtiendo a la historia en una lucha secular entre *buenos* y *malos*.

su finalidad real. En suma, hay latentes numerosas agrupaciones de magnitud diversa, que en determinados momentos de los ciclos agropecuarios actúan como entidades de cooperación real o como repositorios de donde obtener el personal necesario.

Así como existen estas agrupaciones institucionalizadas, también existen normas establecidas para la ayuda mutua, y también reglas precisas para definir el beneficio de los participantes derivado de la producción conjunta.

Monocultivo vs. aprovechamiento multicíclico

En los Andes los requerimientos estacionales del monocultivo en un piso ecológico son muy disparejos. Consideremos el cultivo de la papa en Puno. (Chucuito) (CEEB 1970: 126). Los terrenos comienzan a prepararse en setiembre; se siembran al iniciarse la época de lluvias, en noviembre, diciembre y enero, debiendo cuidarse la sementera en los meses siguientes con menor cantidad de mano de obra, hasta abril, mayo y junio en que se realiza la cosecha que requiere numerosa mano de obra. En total, el ciclo de producción de la papa referido a jornadas por hectárea muestra el siguiente perfil (ver también gráfico 3).

Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.
10	3.3	8.3	31.3	48	19.7
Jul.	Ago.	Set.	Oct.	Nov.	Dic.
—	—	7.3	7.3	13	19.7

Otro ejemplo puede ser el cultivo de maíz en la provincia de Antabamba (Apurímac) (CEEB 1970: 21). La siembra se realiza en agosto y setiembre, habiéndose preparado los terrenos en los meses anteriores, después de la cosecha. El perfil total de la utilización de la mano de obra es el siguiente (ver también gráfico 3).

Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.
—	—	—	13	13	5
Jul.	Ago.	Set.	Oct.	Nov.	Dic.
16	17	6	8	15	7

Si bien la estacionalidad en el uso de mano de obra para el cultivo de maíz en Antabamba no es tan aguda como la de la papa, en el ejemplo anterior, es bastante pronunciada. Si en esta zona hubiera una unidad de producción dedicada exclusivamente al cultivo del maíz, digamos en cien hectáreas, abasteciendo sus requerimientos de mano de obra con residentes de la misma unidad productiva, se requeriría por lo menos de 57 personas hábiles para el trabajo, que estarían ocupadas todos los días de agosto, mes de mayor trabajo. El resto del año solamente una parte de ellos se dedicaría a las tareas de cultivo, produciéndose un excedente de mano de obra en dicha unidad. Este excedente correspondería, en el curso del año, a más de la mitad de las jornadas disponibles (10,400 jornadas desocupadas, 10,000 jornadas ocupadas). En el caso de la papa esta relación sería

mucho más pronunciada. Para cultivar 100 hectáreas de papa se requiere de 160 personas hábiles. Esto significaría disponer de 57,600 jornadas. De éstas, 16,790 serían necesarias para mantener el ciclo de cultivo, quedando 40,810 jornadas excedentes.⁴ En otras palabras, en una unidad de monocultivo de papa, en Chucuito, la fuerza de trabajo necesaria para mantener el ciclo de cultivo estaría desocupada en el 71% del tiempo de trabajo disponible.

Veamos la estacionalidad de otros cultivos. Las habas en la provincia de Angaraes (Huancavelica), el frejol seco en la provincia de Celendín (Cajamarca), la yuca en la provincia de Cajatambo (Lima), el ají en la provincia de Santa (Ancash), y el algodón en la provincia de Islay (Arequipa) (CEEB 1970).

4. El cálculo de cifras ha sido hecho a partir del estudio del "Convenio para Estudios Económicos Básicos" (CEEB 1970). Este tiene serias limitaciones para este análisis, especialmente por no tomar en cuenta la gran variedad existente, incluso dentro de una provincia y sus componentes, en el manejo del cultivo de algunos productos. Cada caso concreto permite una intercalación muy precisa de los ciclos de requerimiento de mano de obra e inclusive cierto espaciamento en un cultivo, gracias al manejo del riego y de variedades de las mismas plantas, de diverso crecimiento y maduración. Otra limitación del estudio mencionado es que sólo registra niveles tecnológicos que reciben apoyo bancario, ya que se basa en las fichas del Banco de Fomento Agropecuario. Sin embargo, las desventajas ecológicas del medio andino determinan que los niveles tecnológicos no sean suficientemente diversificados, para que este estudio no refleje aspectos generales de la productividad agrícola.

CUADRO 1

Requerimiento mensual de jornadas de trabajo para el cultivo de:

	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.
Habas	9	3	—	—	14	13.5
Frejol	—	—	—	—	8	22
Yuca	12	—	20	8.5	12.5	—
Ají	—	3	10	12	7	6
Algodón	6	—	12	20	—	—
	Jul.	Ago.	Set.	Oct.	Nov.	Dic.
Habas	—	—	—	7	10	6
Frejol	16	10	8	6	6	6
Yuca	1.5	—	0.5	—	18.5	8.5
Ají	—	13	10	—	—	—
Algodón	25	13	17	4	—	12

Si suponemos nuevamente unidades monocultoras que tuviesen que contar con su propia mano de obra, se darían grados elevados de desocupación estacional. En el caso del haba, 63%; en el del frejol, 69%, en el de la yuca 66%; en el del ají, 61%; y en el del algodón, 64%.

La estacionalidad cíclica del requerimiento de mano de obra en el supuesto caso del monocultivo andino sería comparable con la de la agricultura en las

zonas templadas, o en las que dependen de marcadas estaciones de lluvia o de la avenida de los ríos. Sin embargo, mientras en éstas se puede producir lo suficiente en los breves ciclos de utilización de mano de obra —sobre todo gracias al empleo de aperos de tracción animal— que hacen posible la subsistencia campesina, en el monocultivo andino —dada la posibilidad limitada de emplear herramientas de tracción animal eficientes, la pobreza de los suelos— la producción no alcanzaría para el mantenimiento del resto del año.

En otras regiones agrarias del mundo los campesinos han tratado igualmente de romper el cerco impuesto por la estacionalidad del monocultivo, sembrando cierta variedad de plantas. Pero en estos casos, las épocas de barbecho, siembra y cosecha, dada la marcada estacionalidad de las condiciones climáticas, generalmente coinciden. Las variaciones del clima tropical en las altas montañas andinas, la disponibilidad espaciada de agua para el riego, gracias a la desglaciación de las nieves perpetuas, determinan que los ciclos de los cultivos en los diversos pisos altitudinales no coincidan necesariamente en sus requerimientos de mano de obra. Mientras algunos cultivos, normalmente los de grandes alturas, como la papa en la puna, están enmarcados en condiciones naturales que ofrecen pocas posibilidades de variación, los de zonas más bajas pueden adecuarse inclusive a la disponibilidad de mano de obra, aparte de

que las variaciones climáticas condicionan ciclos diversos según los pisos altitudinales.

El manejo de varios ciclos de producción agraria en varios pisos ecológicos resulta de la estrategia básica para emplear la fuerza de trabajo campesino durante un máximo de días en el año agrícola. Partiendo de esta estrategia básica hay, por supuesto, una serie de modalidades locales, que varían de provincia a provincia, de comunidad a comunidad, e incluso de familia a familia. Estas modalidades parten de cultivos básicos y de sus ciclos respectivos, de la extensión de las tierras de cultivo y, finalmente, de la capacidad de captación de mano de obra de las unidades económicas operantes. Para comenzar veamos primero como se combinan los ciclos de maíz y papa a nivel de provincias.⁵

El maíz y la papa son los cultivos principales en la provincia de Antabamba (Apurímac). En 1967, el área destinada al maíz fue 936 hectáreas y la de papa 896 hectáreas. En ella el ciclo del maíz empieza con la siembra en agosto y setiembre. La papa se siembra de setiembre a noviembre. Los requerimientos de mano de obra a nivel provincial son los siguientes:

5. Harris (1978) discute este punto para el caso de los Laymi. También el trabajo de Platt (1980) es importante para este problema, ya que demuestra la conveniencia del cultivo "bizonal" para la inserción agropecuaria al mercado en el caso de los Macha.

CUADRO 2

Antabamba (1967). Requerimientos de mano de obra en jornadas.

Cultivo	Enc.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.
maíz 936 has.	—	—	—	12168	12168	4680
papa 896 has.	7168	9856	18816	8960	8960	27760
maíz y papa	7168	9856	18816	21128	21128	32456
Cultivo	Jul.	Ago.	Set.	Oct.	Nov.	Dic.
maíz 936 has.	14976	15912	5616	7488	14040	6552
papa 896 has.	—	—	11648	17920	7168	10752
maíz y papa	14976	15912	17264	25408	21208	17304

Fuente: CEB. 1970: 21.

Si en este caso el cultivo de la papa fuera un monocultivo, el aprovechamiento de mano de obra habría sido de aproximadamente 39%, en el caso del maíz de 49%. Al cumplirse los dos ciclos, el aprovechamiento alcanza un promedio de más del 57% anual. En consecuencia, el mantenimiento de varios ciclos de cultivo logra aumentar el tiempo de trabajo en el cultivo directo.

En el ejemplo se han utilizado extensiones reales de los campos de cultivo de papa y maíz en la provincia de Antabamba. Esto probablemente no resulta adecuado, ya que la provincia se subdivide en varios conjuntos económicos. Además, existen otros cultivos, por lo que el ejemplo no muestra la mejor situación para el manejo de los dos ciclos. La proporción óptima de utilización de terrenos para los diversos cultivos resulta de una simple operación matemática, que relaciona en una ecuación (con la extensión máxima de las chacras como incógnitas) el mes con más requerimientos de trabajo en el otro ciclo (deben ser meses en los cuales se combinan los dos ciclos). El óptimo se alcanza, si el requerimiento combinado del trabajo resulta igual, siempre y cuando los valores de los meses, en los que se combinan los dos ciclos, sean mayores al requerimiento de trabajo de los meses en los que sólo se realiza un ciclo. Si hay dos ciclos, A y B, y las extensiones óptimas son x e y , entonces la fórmula sería:

$$XA(\text{mpc}) + YB(\text{sub}) = XA(\text{sub}) + YB(\text{mpc}) \\ < XA(\text{mpa}) \text{ ó } YB(\text{mpa})$$

X = extensión óptima de terreno ciclo A

Y = extensión óptima de terreno ciclo B

$A = (\text{mpc})$ = fuerza de trabajo necesaria mayor, en meses donde se combinan los dos ciclos en ciclo A.

B (sub)	= fuerza de trabajo necesaria en ciclo B en mes A (mpc)
B (mpc)	= fuerza de trabajo necesaria mayor, en meses donde se combinan los dos ciclos en ciclo B.
A (sub)	= fuerza de trabajo necesaria en ciclo A en mes B (mpc)
A (mpa)	= fuerza de trabajo necesaria mayor, en meses donde no se combinan los dos ciclos en ciclo A
B (mpa)	= fuerza de trabajo necesaria mayor, en meses donde no se combinan los dos ciclos en ciclo A).

En el caso que el requerimiento de trabajo de los meses de ciclos combinados resulte inferior a XA (mpa), la fórmula sería:

$$XA(\text{mpa}) = XA(\text{sub}) + YB(\text{mpc})$$

En el caso de resultar inferior a YB (mpa) sería:

$$YB(\text{mpa}) = XA(\text{mpc}) + YB(\text{sub}).$$

Si aplicamos esta fórmula al caso de los ciclos de maíz y papa en Antabamba, resulta $X = 10/23 Y$. Es decir, si las chacras de maíz tienen la extensión de 1,000 Ha., las de papa deben tener 434.78 Ha. En este caso óptimo, el aprovechamiento de la mano de obra en los dos ciclos cubre el 73.33% del tiempo total disponible.

CUADRO 3
Requerimiento de mano de obra mensual en Arequipa

Ciclo	Cultivo/ Extensión	Meses/Jornadas											
		Enc.	Feb.	Mar.	Arb.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Set.	Oct.	Nov.	Dic.
A	maíz	16000	29000	9000	3000	33000							
	papa	23182	3091	12364	7727	6182	10818						
	cebolla	507		15202	16215	1013	4053						
	506.7 has. zapallo	39689	1301	1518	1518	40195	14871						
A+B+C+D		33392	38084	28460	40195	14871							
A	maíz	25500	7727	10818	6955	3091	10045						
	papa	14695	22296	10642	3547	2533	4054						
	cebolla	40195	2060	1735	325	2602	33099						
	506.7 has. zapallo	32083	40195	21827	36728								
A+B+C+D													

Veamos los requerimientos de trabajo en la combinación de varios ciclos en la provincia de Arequipa (CEEB 1970: 25) (cuadro 3).

El aprovechamiento de la mano de obra disponible en el caso de la provincia de Arequipa, por la combinación de los diversos tipos de cultivo en las extensiones indicadas, puede apreciarse en el cuadro 4.

CUADRO 4
Aprovechamiento de mano de obra por ciclos y ciclos combinados en Arequipa.

Ciclo	Porcentaje de tiempo de trabajo aprovechado
A	36.36%
B	41.66%
C	35.41%
D	35.41%
A+B	57.74%
A+B+C	80.39%
A+B+C+D	82.68%

No cabe duda que en la combinación del ejemplo la conducción paralela de los cuatro ciclos, que en sí mostrarían grados altos de subutilización de la mano de obra, lleva a una intensificación apreciable en el aprovechamiento de la misma. Sin embargo, cabe ad-

vertir que la realidad es mucho más compleja. Por un lado el número de ciclos que se combinan es mayor y, por otro, no es uniforme su combinación en los diversos subconjuntos.

La importancia de las dos últimas indicaciones puede apreciarse en cualquier comunidad andina. Normalmente, el número de ciclos dirigidos por los miembros de cada comunidad es mucho mayor. Más aún, dentro de los productos cultivados —especialmente maíz y papa— hay variedades con diversos ciclos de crecimiento. Se aprovechan determinadas condiciones naturales para variar los ciclos de cultivo y se utiliza la posibilidad de conducir sucesivamente, mediante riego, varios ciclos en el cultivo de la misma especie. En una comunidad no todos los miembros manejan los ciclos de la misma manera. Por lo general, todos participan en dos o tres ciclos principales de manera más o menos uniforme. Sin embargo, las unidades domésticas, según su composición, pueden optar por estrategias diversas en el aprovechamiento de la mano de obra. Obviamente las modalidades de las unidades domésticas no dependen exclusivamente de las condiciones impuestas por la disponibilidad de tierras y recursos. En tales modalidades pueden haber variaciones típicas desde el establecimiento de la unidad doméstica hasta su disolución. Más allá de estos factores influirá la composición concreta de la unidad doméstica, la presencia o ausencia de abuelos o niños, las habilidades especí-

ficas de sus integrantes, cte. Actualmente parecería existir una mayor gama de posibilidades que en tiempos dedicados casi exclusivamente al autoconsumo, puesto que la dedicación a una actividad no está limitada por la capacidad de consumo de la unidad doméstica o del poblado. Por ejemplo, en una comunidad puede producirse masivamente ají o ajos, cultivos anteriormente limitados al consumo local.

Las estrategias de las diversas unidades domésticas, u otros subconjuntos, surgen no solamente de la combinación de ciclos agrarios, sino de todas las actividades posibles. Actualmente los pobladores de las comunidades pueden intercalar los ciclos agropecuarios con actividades artesanales, de recolección, trabajo como intermediarios, transportistas o temporal en centros mineros o urbanos. Sería importante investigar la racionalidad en la adopción de diversas estrategias en el manejo paralelo de ciclos agropecuarios y otros, a todos los niveles, es decir, contrastando las diversas unidades domésticas en un conjunto mayor.

Inclusive en una comunidad que, por razones que expondremos más adelante, ha dejado parcialmente el cultivo multicíclico para dedicarse intensivamente a los ciclos de frutales con alto valor comercial, observamos nada menos que 18 ciclos paralelos con actividades intensivas, como riego, deshierbe; cosecha y poda de árboles frutales, distribuidas durante el año. Es interesante en este caso que la semana fes-

tiva de todos los patrones locales y la máxima utilización de mano de obra en la ganadería de altura —el rodeo— coinciden con la época de menos utilización de mano de obra en los ciclos agrarios, entre agosto y setiembre.⁶

Los ciclos ganaderos

Los ciclos ganaderos se diferencian de los ciclos agrícolas de un modo fundamental. Mientras en los últimos la productividad del trabajo es sumamente baja y el producto apenas cubre el costo de subsistencia de los campesinos, la ganadería es una actividad que permite la producción continua de excedentes.

La renta ganadera, sobre todo en ganadería de altura, subvencionada en buena parte a los agricultores, que la perciben a título de la propiedad comunal de los pastos y de la propiedad familiar del ganado. Si adjuntamos a esta relación el hecho de que en la mayoría de comunidades el pastoreo diario se confía a familias foráneas (despreciadas por los agricultores comuneros, y remuneradas, al igual que los huacchilleros en la mayoría de las antiguas hacien-

6. Véase el cuadro del ciclo agropecuario de San Miguel de Huayopampa-San Agustín de Pariac en Fuenzalida et. al, 1968: 72/3. Cuadros semejantes pueden elaborarse para cualquier comunidad andina. Urge este tipo de trabajos, especialmente un análisis pormenorizado sobre la utilización del trabajo disponible en la intercalación de los ciclos.

das ganaderas, con el permiso de poder pastar una cantidad limitada de ganado propio con el de los comuneros), podríamos entender a los agricultores como una especie de patrón corporativo. Los agricultores intervienen en la ganadería solamente en fechas excepcionales, como en el recuento y marca del ganado, construcción de cercos y otras labores de este tipo. Lo dicho parece ser general en el caso de la ganadería lanar. Lo que varía es la procedencia de las familias pastoras. Algunas veces, como en las comunidades de la vertiente occidental de los Andes, son foráneas; otras proceden de la misma comunidad.⁷

El caso de la ganadería vacuna no corresponde siempre a esta imagen. Frecuentemente da lugar a una mayor interdependencia entre pastores y agricultores. En muchos casos, los pastores de ganado vacuno son familiares cercanos de los propietarios del ganado. Para las tareas ganaderas se juntan grupos de familias, que se reparten entre ellas las labo-

7. Existen pocos trabajos sobre los pastores en las comunidades. La mayoría de las monografías de comunidades se centran en el estudio de los agricultores, sin analizar con claridad la relación entre éstos y pastores. Las investigaciones sobre los pastores, a su vez, se limitan a esclarecer las relaciones de trueque entre ambos grupos, sin insistir en su dependencia generalizada. La mejor monografía sobre los pastores (Flores Ochoa 1968) trata precisamente de uno de los pocos grupos de pastores independientes. Una bibliografía amplia sobre el tema se encuentra en Flores Ochoa, Comp. 1977.

res necesarias, muchas veces rotando las tareas entre los jóvenes. Estos ordeñan las vacas y elaboran los quesos, productos que se distribuyen entre las familias participantes de acuerdo al tamaño del rebaño familiar. Además del cuidado inmediato, los agricultores, sobre todo en el caso de la ganadería de engorde, contribuyen a la crianza mediante el cultivo de alfalfa u otros forrajes. Estos cultivos, gracias a que tienen ciclos de crecimiento muy cortos, y requieren relativamente poca atención, en intervalos breves pueden alterarse para cubrir períodos de baja ocupación en el calendario agrícola. Tal cosa no puede hacerse en el caso de cereales, hortalizas, frutas y tubérculos, cuyos ciclos son más rígidos. Por este motivo, la ganadería vacuna es un complemento de las tareas agrarias, ya que se integra muy bien con el manejo paralelo de los ciclos de producción.

De primordial importancia para la economía familiar es la crianza de animales de corral, especialmente de cerdos, gallinas y cuyes, que no sólo complementan de manera significativa la dieta familiar, sino que sirven para utilizar mejor la capacidad de trabajo del grupo doméstico, particularmente de mujeres, ancianos y niños. Llevando el análisis a sus últimas consecuencias, podría considerarse que las actividades domésticas representan diversos ciclos de producción intercalados y superpuestos. En estos se consideraría la crianza de animales de corral, como una actividad destinada a mantener la mano de

obra atada al trabajo doméstico en un ritmo de producción ininterrumpido.

La elasticidad en la asignación de la mano de obra

Hay una serie de tareas necesarias en los ciclos agrícolas. La comunidad y las familias que la integran —por una experiencia secular y sirviéndose de sustituciones y no del reordenamiento total de las actividades agropecuarias— han sabido llevar un manejo paralelo de varios ciclos agrarios, que las mantiene mucho más cerca de una utilización continua de la mano de obra que una unidad monoprodutora. Sin embargo, pese al manejo de los ciclos agrícolas dentro de la comunidad, existen variaciones notables en el uso de la mano de obra. Hay diversos modos para enfrentar este aspecto. El primero es el aprovechamiento de toda la mano de obra familiar en los períodos de mayor trabajo. Así, en la cosecha de la papa participan las familias enteras, con excepción de los menores de quizás tres años y los muy ancianos, a quienes se encarga el cuidado de los menores. El resto de manos hábiles se dirige a la actividad de máximo requerimiento, dejando de lado las rutinas a las que después regresan con más intensidad. Otra modalidad consiste en fijar las tareas necesarias, pero no las estacionales; en los meses de baja intensidad del uso de mano de

obra en los ciclos agrarios. En tal período se cumplen actividades como: construcción y mantenimiento de casas, caminos, etc., elaboración de tejidos, fabricación de implementos agrícolas, cumplimiento de necesidades sociales. Es decir, actividades destinadas a mantener el ordenamiento social, solucionar problemas que generalmente suponen desplazamientos, así como diversas actividades ganaderas que requieren una mayor utilización de mano de obra, pero que no necesitan efectuarse en fechas fijas.

En este cuadro debe considerarse que en los ciclos agrarios es factible cierta elasticidad en el cumplimiento de determinadas tareas. Un lugar especial corresponde a la agricultura de riego en pisos altitudinales con un número limitado de heladas nocturnas, especialmente el cultivo del maíz en la zona quechua. En ella las tareas de barbecho, y parcialmente las de sembrío, se realizan de acuerdo a la disponibilidad de mano de obra, y en relación con los cultivos que deben atenderse a un ritmo determinado por la estacionalidad de la naturaleza, como el cultivo de la papa en la puna, enmarcado en parte por la época de lluvias, y también por el período de heladas nocturnas. Esta variabilidad se acentúa por una gama de subvariantes de los cultivos principales, con variaciones en la longitud de los ciclos de crecimiento y maduración y, por consiguiente, por los requerimientos de agua y cuidados.

De esta manera los agricultores andinos mantienen a lo largo del año una alta tasa de utilización de mano de obra.

Ahora bien, al enfrentarse con una economía regulada por el mercado y, más aún, al sustituir bienes e insumos que anteriormente se proveían en las unidades con bienes y servicios provenientes del mercado, la organización andina se vio progresivamente afectada en sus reglas por una organización que parcialmente se encontraba en abierta contradicción con la organización andina de la reproducción del universo social y económico. Sin embargo, estas contradicciones al tener que resolverse en un ambiente determinado por la baja productividad tuvieron que manejarse, cuando fue posible, desde la propia organización andina, que tendencialmente siguió asegurando la supervivencia de los grupos y sus integrantes. De modo que, con estrategias derivadas de sus propios patrones, se intentó obtener el dinero necesario para atender las exigencias monetarias planteadas por el mundo exterior, sea en la forma de tributo, pago a los sacerdotes por sus servicios en las festividades del ciclo vital y festivo social, en la adquisición de bienes y servicios que sustitúan a otros, anteriormente provistos por la organización andina. Así, se trató de adecuar el trabajo asalariado fuera de la comunidad a los requerimientos estacionales de trabajo en los principales ciclos de producción, dejando las tareas pendientes a otros miembros de la

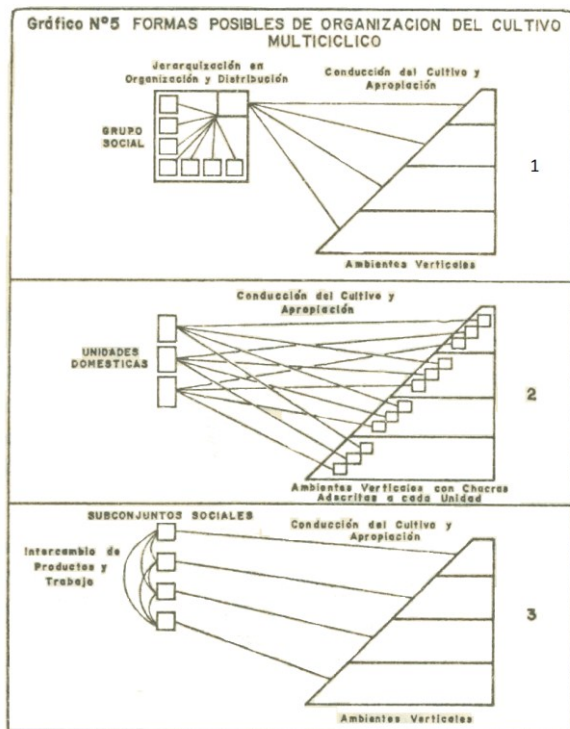
familia o al grupo social operante. Por otro lado, se trataba de participar en el mercado de producción reajustando, por un lado, los ciclos productivos a las oportunidades del mercado y, por otro, a la disponibilidad de mano de obra y terreno en las mismas unidades. Fue así como la ganadería alcanzó un lugar preponderante en muchas regiones.

SIGNIFICADO SOCIAL DEL MANEJO PARALELO DE CICLOS AGROPECUARIOS EN DIVERSOS PISOS ALTITUDINALES

SI EL ÓPTIMO de la utilización de la fuerza de trabajo campesino se alcanza con el manejo paralelo de varios ciclos agropecuarios en diversos pisos altitudinales, distantes entre sí, esto no deja de influir sobre la organización social de la producción. Hay varias formas posibles para organizar la producción multicíclica (véase también gráfico 5).

1. Que el grupo social de productores controle en común todos los espacios aprovechables. Que se organice colectivamente la utilización del trabajo y distribución de la producción.
2. Que la producción se organice por unidades domésticas en tierras adscritas a cada unidad en todos los pisos altitudinales, y que los productos pertenezcan a las unidades domésticas que las trabajan.

3. Que la producción se organice por subconjuntos sociales. Que se adscriba a un subconjunto social la organización del cultivo en un piso altitudinal, pudiendo recurrir cuando lo requiera a la mano de obra de las otras unidades, a cambio de productos.



La primera forma, siempre que no haya una variación fundamental en la tecnología de la producción, control del espacio y formas de comunicación requiere un definido grado de jerarquización en las decisiones y capacidad de delegación de trabajo en la cúspide de la jerarquía.

La segunda forma podría operar solamente si las unidades domésticas fueran suficientemente grandes para controlar varios ciclos a la vez. Incluso así probablemente se emplearía mucho tiempo en los caminos, en comparación con las propias tareas de la producción. De todas formas se requeriría de una unidad social superior para la defensa de la territorialidad e integridad de la producción doméstica. Este modelo supondría, además, que en los ciclos no existiesen tareas agrícolas con un requerimiento de trabajo colectivo mayor al de la capacidad de la unidad doméstica.

En este sentido la tercera alternativa es más operativa, en cuanto limita el número de la mano de obra sólo por su disponibilidad estacional, por el atractivo del producto o por el trabajo ofrecido a

cambio de la prestación. El problema en este caso deriva de las diferencias en la productividad de los diversos pisos, así como de diferencias básicas en el rendimiento de ciertos cultivos en determinados terrenos, como del maíz en tierras planas con riego y el de papa amarga de puna en tierras de secano, y también de diferencias eventuales: sequías o plagas que afecten los cultivos de un piso. Un problema adicional surgiría de la posibilidad limitada de planificación del ciclo de un cultivo, haciendo que la disponibilidad de trabajo quedara fuera de la capacidad de decisión de su organizador.

El hecho que las tres formas básicas, para organizar la producción paralela en varios ciclos agrícolas —con la finalidad de aprovechar la mano de obra en un grado mayor que el permitido en el monocultivo— tengan inconvenientes si se las aplica aisladamente, ha determinado que los pobladores andinos nunca las hayan utilizado de esta manera, sino combinadamente. Estas formas compuestas, en las que una subordinaba a las otras, o por lo menos a una de ellas, se han utilizado con diverso énfasis en la historia andina. La variación en la composición hay que entenderla no solamente en cuanto al funcionamiento interno de la organización de los ciclos agrícolas paralelos, sino en relación a lineamientos históricos más generales.

Epoca prehispanica

En ésta coexistían formas complejas de niveles superpuestos de cooperación, que variaban tanto en relación a la disponibilidad del manejo de recursos como en orden numérico. Estos niveles mantenían una jerarquía. La unidad doméstica, integrada como último eslabón a estos niveles superpuestos y jerarquizados, manejaba algunos ciclos directamente. "Esta política de distribución y control consiste en tener diferentes niveles de distribución de bienes, tanto en los bienes de producción como en los productos mismos (ahora preferimos hablar de "diferentes niveles en la organización de la producción en los ciclos agrícolas y" ganaderos", J. G.). Así, los Lupaca tienen acceso al ganado auquénido, a las tierras para el cultivo de papas, quinua y cañagua, a nivel de la familia nuclear... El acceso a los productos de otros microclimas se da a nivel de los Kuraka... Del mismo modo una unidad étnica que tiene su centro en los Yungas tiene acceso directo a la coca en el nivel familiar, y acceso al ganado solamente a nivel de los kuraka. Una etnia intermedia, como los Chupachu de Huánuco tiene acceso a tierras de maíz, algodón y papas a nivel de la familia nuclear, mientras tanto, la coca como el ganado se explota y se distribuye a nivel de pueblo o de etnia. En el valle de Yucay el acceso directo de la familia nuclear parece haberse restringido solamente al maíz..." (Golte 1968: 476/7).

Este tipo de organización dejaba a los niveles inferiores frente a los superiores un amplio margen de autonomía y elasticidad en sus decisiones y de esta manera se acercaba a una organización óptima para el manejo simultáneo de un gran número de actividades cíclicas con la finalidad de utilizar al máximo la mano de obra disponible. Este sistema, en cuanto al tipo de asignación de los productos a las unidades domésticas, parece haber sido eficaz. Sin embargo, en lo que respecta al poder y asignación de bienes, es un universo social jerarquizado.

Epoca colonial

En la época colonial adquiere mayor preponderancia la forma de adscripción directa de tierras a unidades domésticas, y la organización de la producción a partir de su control. El marco común se redujo parcialmente. De la organización inca de la producción y distribución de productos se pasó a un control del funcionamiento global del sistema a través del trabajo comunal, dirigido por sus autoridades, a lo que se suma la creación de las condiciones colectivas de reproducción de las unidades domésticas, tales como la redistribución periódica de los recursos en los diferentes pisos altitudinales; el mantenimiento de un sistema de rotación de cultivos; la administración de un sistema de riego; el mantenimiento de caminos, canales de irrigación, etc. Sin embargo, a escala reducida se mantenían también formas socia-

les de organización de ciclos agropecuarios. Quizá el punto destacado en esto haya sido la organización social de la ganadería a nivel de aldea en el caso de los camélidos, y a nivel de grupo de varias unidades domésticas en el caso de los vacunos. Esto se refiere no solamente al manejo y utilización comunal de los pastos, sino también al reclutamiento y supervigilancia de los pastores. El trabajo ganadero, cuando exigía un mayor número de individuos, como en el recuento del ganado, construcción de cercos en áreas de pastos, lo organizaban los comunes de indios, adaptándolo a la disponibilidad de mano, de obra en los diversos ciclos agrícolas. El uso de la producción era comunal sólo cuando el producto servía para fines comunes –como fiestas de la comunidad, pago del tributo o tareas de transporte impuestas al grupo en su totalidad. Era familiar como un derecho a consumo o venta sobre el ganado adscrito a cada unidad familiar.

En la organización del trabajo en los ciclos agrícolas primaban las formas compuestas. Se mantenían ciertos aspectos de la organización social del trabajo a nivel de aldea, como la organización de la rotación de cultivos y del calendario agrícola, especialmente en las tierras de secano. Esto adquiriría una racionalidad adicional, porque los mismos terrenos se utilizaban como pastos para el ganado comunal en los tiempos de descanso, lo que requería coordinación.

En la agricultura de riego el aspecto de organización comunal de los ciclos agrícolas se mantenía mediante los sistemas de distribución de agua, que condicionan el ciclo de utilización y la elección de semillas. En la conducción misma de los cultivos existían formas de cooperación en subgrupos, que se formaban por relaciones de parentesco u otras. Estos subgrupos estaban compuestos por un número reducido de unidades domésticas que organizaban coordinadamente el trabajo en las chacras asignadas a cada unidad. El cultivo se organizaba según el requerimiento estacional y en función de disponibilidad de la mano de obra. En la época de barbecho, por ejemplo, las unidades domésticas trabajaban juntas en la roturación de la tierra con la taqlla, que requiere del manejo coordinado de varios hombres para voltear los terrones, y el de varias mujeres para romperlos de manera tal que el terreno quede listo para el sembrío. Cuando los cultivos requerían cuidados mínimos estacionales, el mismo grupo delegaba en uno de sus miembros el cuidado de las chacras.

La distribución de los productos se solucionaba gracias a que las chacras trabajadas estaban asignadas a las unidades domésticas. La equivalencia de sus aportes se mantenía mediante un sistema de contabilidad de trabajo (tareas del mismo tipo), destinado a equilibrar las jornadas aportadas por cada unidad doméstica.

Este sistema de cooperación de varias unidades domésticas (ayni, chacma, wallpo) en un ciclo agrícola se caracterizaba por controlar las equivalencias de los aportes de cada unidad mediante formas complejas, lo que también suponía que cada unidad tuviera asignada extensiones similares de tierras labrables. Aparte de este sistema hubo también otros, en los que las tierras trabajadas estaban adscritas a un organizador definido, quien también podía disponer de los productos. Dicho sistema, conocido generalmente como "minka", el término utilizado para designar la convocatoria de los colaboradores, en el aspecto social se basaba en la capacidad del organizador para convocarlos. Todo esto encontraba su racionalidad en el jerarquizado y distributivo universo prehispánico. Las autoridades de nivel superior podían convocar a las de un nivel inferior para llevar a cabo trabajos en ciclos de producción organizados por las primeras, las que a su vez redistribuían los productos directa o indirectamente, o los destinaban a usos públicos.

Con la destrucción de la organización jerárquica prehispánica o su utilización como mecanismo de apropiación por el grupo conquistador, este tipo de organización se redujo considerablemente, pero no dejó de existir. Quedaron varios campos en los que se mantuvo. Uno fue el derecho de los kurakas a convocar gente para el laboreo de sus chacras. Otro fue el trabajo comunal o faena, organizado por las

autoridades designadas, destinado prioritariamente a la creación colectiva de las condiciones generales de la producción de las unidades domésticas. Quedaron algunos otros no tan claramente definidos, como el trabajo necesario para la celebración colectiva de santos y patronos, para los que se designaban mayordomos, encargados de organizar la celebración de las fiestas. A estos se les asignaba tierras de cultivo en las que organizaban el trabajo convocando a grupos de parentesco.

Finalmente, hay que referirse a las haciendas se-
r-ranas, de secundaria importancia numérica en la colonia. En éstas el patrón de utilización de la fuerza de trabajo en varios ciclos de producción agropecuaria se aprovechaba de dos maneras. Una, en forma directa: se mantenía en la hacienda una población estable de yanaconas, que por un lado atendían varios ciclos agropecuarios en forma similar al común de indios. El producto se destinaba al sustento de los mismos campesinos, en algunos casos deduciendo una renta en productos para el propietario de la hacienda. Aparte de esta producción organizada por las unidades domésticas campesinas había otra, correspondiente a la administración de la hacienda, dentro del ciclo de producción, cuyos productos tenían mayor capacidad de venta en el mercado colonial. Para tal efecto, los campesinos tenían que proporcionar su fuerza de trabajo en forma de renta, correspondiendo los productos al propietario.

El ciclo organizado por la hacienda subordinaba a los otros, destinando los campesinos el tiempo libre al cultivo que organizaban para asegurar su subsistencia. De esta manera entraba un factor distorsionador en el aprovechamiento óptimo y manejo racional de ciclos simultáneos.

La otra forma de inserción de la hacienda en el manejo de los ciclos era indirecta. En este tipo de inserción ésta se limitaba a atender un ciclo de producción con poco personal estable adscrito, y recurría en la época de mayor necesidad de mano de obra al trabajo de los campesinos de comunidades vecinas, los que en diversas formas estaban obligados a proporcionar su fuerza de trabajo: tributo en dinero, endeudamiento por servicios religiosos, reparto de mercancías por los corregidores e incluso gratuitamente (Golte 1980). En consecuencia, las comunidades tenían que adecuar sus ciclos de producción agropecuaria a las exigencias de las haciendas. De esta forma se generaba, más allá de las fronteras sociales de haciendas o común de indios, un manejo integrado de ciclos agrícolas. Las bases de esta articulación fueron: la obligación de los campesinos comuneros de vender su fuerza de trabajo, la posibilidad de colocar los productos de la hacienda en el mercado a un precio que permitía asalariar a los campesinos y, por supuesto, que el trabajo asalariado, con sus requerimientos temporales, no obstruyese la posibilidad de las familias campesinas de subsistir a partir de sus propios ciclos agrarios.

De manera similar se desarrollaba la relación entre actividades agropecuarias y otras, de acuerdo a las tendencias de aprovechar al máximo el tiempo de trabajo en actividades productivas, como modo de enfrentar las carencias del medio. En tiempos prehispanicos durante los períodos de bajo rendimiento se cumplían diversas actividades artesanales; o de construcción de caminos, palacios, casas y templos; de explotación minera, y también guerreras. Mientras que durante la colonia en las mismas circunstancias los campesinos, que por una serie de mecanismos estaban obligados a proveerse de dinero para cumplir con las exigencias impuestas por el sector no-campesino dominante, se vieron compelidos a prestar servicios personales, y trataron de adecuar su trabajo en las minas, obrajes, o ciudades.

Evidentemente, desde su posición subordinada, la posibilidad de realizar estrategias de este tipo se veía seriamente limitada.

Hacia la actualidad

La experiencia colonial de los campesinos con el mercado, en particular con el de trabajo y especialmente con el de productos agropecuarios en las intermediaciones de los centros urbanos se fue ahondando vertiginosamente en los últimos decenios del siglo XIX, y en el siglo XX, después de cierto relajamiento de las imposiciones entre 1780 y 1800. Las razones de este proceso han sido múltiples, siendo la más

importante el crecimiento agigantado de una producción agropecuaria destinada al mercado exterior, con fuertes requerimientos estacionales. Nos referimos, por ejemplo, a la zafra azucarera y a la paña de algodón en la costa, la ganadería lanar en la sierra y, finalmente, la producción de café, cacao, quinua, coca y otros productos en la ceja de selva. En estos sectores venía produciéndose una fuerte demanda de mano de obra que, en vista de la ausencia de sistemas coercitivos generales (como la mita, reparto de efectos, tributo en dinero), trataba de obtenerse con nuevos procedimientos como el enganche y el despojo. La expansión de los latifundios en el siglo XIX y comienzos de XX, sin embargo, no correspondió únicamente al deseo de proveerse de mano de obra, sino también al de conseguir tierras para llevar a cabo una lucrativa producción para el mercado mundial. En la sierra ocurrió esto fundamentalmente con los pastos. La expansión latifundista mermó visiblemente la capacidad de los campesinos para lograr el manejo óptimo de ciclos agropecuarios simultáneos, tanto en razón de la ocupación de pisos altitudinales por los latifundios (especialmente los pastizales de la puna), como por los requerimientos de mano de obra para la producción destinada al mercado mundial. Estos procesos venían imponiéndose por mecanismos múltiples.

No obstante, ahí no terminaba su efecto sobre el manejo campesino de los recursos andinos. La posi-

bilidad de producir para el mercado interior surgió, para las Comunidades y latifundios precapitalistas serranos, al pasar el grueso de la agricultura costeña y, parte de la serrana, a una economía de exportación, al no poder competir en el mercado de trabajo una agricultura capitalista dirigida al mercado interno, por la baja de precios de los productos agropecuarios; y al expandirse —por el desarrollo acelerado de las ciudades— el mercado interior para productos agropecuarios, anteriormente abastecidos por los sectores que empezaban a producir para el mercado externo. Esto se gestó de dos formas. Por un lado, la coercitiva: la expansión del latifundio a expensas de las tierras de comunidad obligaba al nuevo dueño a cultivar productos destinados a comercializarse. Sus ganancias procedían del factor trabajo que no figuraba en sus costos, o a lo más en forma de pagos a autoridades regionales que lo amparaban en su "propiedad". Por otro lado debe considerarse la libre inserción de los comuneros en el mercado como medio de proveerse de dinero para atender gastos como remunerar los servicios del cura, y la compra de aguardiente, velas, imágenes, fuegos artificiales, ropa, instrumentos musicales, o el pago de abogados y autoridades judiciales, especialmente en una época de expansión latifundista, así como los que surgían de una creciente escolarización.

La posibilidad de obtener este dinero, necesario en un creciente mercado agropecuario, fue cabalmen-

te aprovechada al haber un mercado próximo. Finalmente, la familiaridad con el mercado y la estructura de precios prevaleciente llevó a cuestionar seriamente la organización andina del manejo paralelo de varios ciclos agropecuarios.

Las actividades agropecuarias en una economía campesina, básicamente autosuficiente, estaban dirigidas hacia el mantenimiento de su esquema de reproducción. Importaba la totalidad más que sus partes. El tiempo de trabajo se utilizaba para diversas actividades destinadas a la producción de bienes de uso. La adopción de ciertas alternativas en las estrategias de producción se tradujo, imperceptiblemente, en formas diferenciadas de consumo y hábitos alimenticios, sin que éstas se presentaran como estrategias sobre las que se hubiera debido decidir anualmente en el manejo de los ciclos agropecuarios. En la percepción de la gente no surgieron, de modo consciente, medidas de comparación utilizadas continuamente en la evaluación de los ciclos de cultivo y su producción. Lo que prevaleció fue una economía de tiempo de trabajo, que resultó el único denominador común de comparación para discernir sobre la totalidad. Todos los bienes de uso se percibieron como necesarios, comparables en muchos aspectos: sabor, calidad alimenticia, capacidad de almacenamiento, etc.; fuera del trabajo no había medida, ni era necesaria, para equipararlos universalmente.

Esto ocurría únicamente en el mercado. Referir todos los productos a una medida común facilitaba una evaluación de cada actividad en términos de la equivalencia generalizada. Mientras en el modelo de autoconsumo la optimización de la producción consistía en el aprovechamiento máximo de la fuerza de trabajo en actividades productivas –lo que se traducía en el ideal de tener la despensa llena, de ser generoso e invitar a parientes y vecinos, cumplir con la comunidad en la aceptación de cargos, lo que obligaba a invitar a toda la población a comer sabrosa y abundantemente–, el modelo de producción mercantil consistía en obtener el máximo de dinero. Dada la estructura de precios de mercados, sin relación directa con el tiempo de trabajo invertido en la producción de mercancías, menos el tiempo de trabajo necesario localmente para producir algún bien, este ideal no correspondía al tipo de optimización del modelo anterior. Era posible que una menor dedicación en el tiempo reportara un beneficio mayor que la utilización máxima de la fuerza de trabajo. Así, el cultivo de lechuga, próximo a un mercado de consumo, en 30% del tiempo de trabajo disponible podía reportar más ingresos a una comunidad que toda la producción anterior que utilizaba el 90% del trabajo disponible.

Mientras en las comunidades se comerciaba solamente un plusproducto para atender las relaciones con el mundo exterior, el efecto sobre la organiza-

ción de la producción no era marcado, pues se mantenía la lógica de la producción de bienes de autoconsumo.⁸ La producción mercantil tenía que afectar mayormente las opciones de cultivos, de utilización del tiempo de trabajo y manejo de las tierras, cuando los ingresos obtenidos servían también para comprar algunos bienes de consumo, y, ante todo, cuando los ingresos monetarios se empleaban en la adquisición de insumos para la producción agropecuaria. La compra de fertilizantes, insecticidas, herramientas, maquinaria, semillas mejoradas, determinaba que se utilizaran necesariamente de acuerdo a la lógica propia de la estructura de precios en el mercado. Era necesario favorecer los cultivos destinados al mercado que permitirían la recuperación del dinero invertido. Por consiguiente, iban en aumento las diferencias en cuanto al beneficio obtenido en el mercado por los diversos productos en los diferentes pisos ecológicos. En unos se desarrollaba la productividad, en otros se estancaba o retrocedía, porque el cuidado disminuía.

De esta manera, con la producción mercantil surgía una nueva lógica para la organización del trabajo campesino y su utilización en el tiempo y la naturaleza diversificada. Esta lógica no se oponía totalmen-

8. Este proceso ha sido estudiado en una serie de casos, en Pacaraos (Degregori y Golte 1973), en Huayopampa (Fuenzalida et. al. 1968; Osterling 1980), en Muquiyauyo (Grondin 1978), en Pucará (Alers Montalvo 1967). Estos casos parecen ser generalizables (Golte 1973: 182 y s.).

te a la máxima utilización del tiempo de trabajo con el manejo paralelo de varios ciclos agropecuarios, aunque podía llevar a una alteración profunda de la organización de la producción campesina. Alteración que resultaba más pronunciada, cuanto más amplio era el margen de opción. Por ejemplo, si había terrenos suficientes para ampliar la producción de un piso ecológico, que resultaba particularmente beneficiosa en el mercado, los habitantes de una comunidad necesariamente aprovecharían al máximo este ciclo de cultivo, aunque fuera necesario contratar mano de obra adicional para las épocas de mayor trabajo. Necesariamente los otros ciclos se conducirían en forma subordinada. Si el beneficio de la producción mercantil en un ciclo era muy alto, incluso podía sustituirse la producción de bienes de consumo en los otros, adquiriéndolos en el mercado o sustituyéndolos por otros "más modernos", como fideos, arroz, pescado enlatado, leche condensada, cerveza. Es decir, el patrón andino de organización de la producción agropecuaria se mantenía más cuanto menos existía la posibilidad de pasar lucrativamente a la producción mercantil, o cuanto más uniforme resultaban los diversos ciclos agropecuarios, en cuanto al precio obtenido por el tiempo de trabajo invertido.

Debe considerarse la posibilidad de diferenciación interna de las comunidades frente al patrón de organización andina. La creciente comercialización de los productos campesinos en las comunidades llevó, a

partir de las últimas décadas del siglo pasado, a un intenso proceso de privatización de las tierras. Así ocurrió principalmente con las de riego, porque sus productos tenían mayor posibilidad para ser colocados en el mercado, además de que estas tierras podían utilizarse continuamente, sin estar sometidas a un régimen rotativo como las tierras de secano, que alternaban cultivos y su uso como pastizales. En las décadas siguientes, el nuevo régimen permitió, junto con otros (actores de efectos similares, como la propiedad diferenciada en la ganadería, el trabajo como intermediarios, y en otras tareas de menor importancia, que ciertas unidades domésticas llegaron a controlar más recursos, especialmente en los ciclos agrarios y pecuarios con mayor opción para ser utilizados en una producción mercantil lucrativa. Por otra parte, la acumulación de recursos por estas unidades domésticas conducía a que adoptaran rápidamente una racionalidad acorde con la estructura del mercado. Mientras tanto, los miembros restantes de las comunidades, con reducidas posibilidades de inserción en el mercado debido a que los mejores recursos estaban fuera de su alcance, organizaban su producción de acuerdo al patrón andino, en cuanto se dirigía preferentemente a su autoabastecimiento y en cuanto sus productos carecían de las ventajas necesarias para ser colocados en el mercado. Mientras los primeros desarrollaban actividades tendientes al monocultivo, en una escala cuyas exigencias de fuerza de trabajo no las podía atender una unidad doméstica, sin

poder recurrir a las formas andinas de consecución de mano de obra, ya que no era posible devolver las prestaciones en un sistema de reciprocidad; los segundos se veían progresivamente privados de la posibilidad de desarrollar sus actividades en los ciclos cuyos recursos habían pasado a ser de propiedad privada.

La carencia de mano de obra de los primeros, y la imposibilidad de los segundos de utilizar los recursos privados, obviamente podían conducir a la introducción del trabajo asalariado. De esta manera se iba formando una nueva variante de la tercera forma de organización del mantenimiento paralelo de varios ciclos de cultivo.

El problema concomitante del surgimiento de la pronunciada desigualdad en el acceso a los recursos, y del trabajo asalariado de parte de los comuneros en la propiedad de otros comuneros, se origina básicamente en el hecho que las otras formas de organización del trabajo social en la comunidad, especialmente en la organización del destinado a la creación de las condiciones colectivas para mantener varios ciclos simultáneos de cultivo por las diversas unidades domésticas, parte de la noción de igualdad en el acceso a los recursos o de que una desigualdad en el mismo fuera importante para la organización del grupo.

En este caso figuran la asignación de terrenos para unidades domésticas que cumplían cargos o la pre-

ferencia en el reparto a quienes pasaban cargos en las fiestas patronales.

El hecho que algunas unidades domésticas se apropiaran de tierras en las que organizaban una producción destinada al mercado, redistribuyendo sólo una parte del beneficio mediante jornales, tenía que poner en tela de juicio la forma de contribuir equitativamente a la creación de las condiciones colectivas. De hecho este problema se planteó en muchas comunidades, sin encontrar soluciones completamente satisfactorias. Una de éstas era la contribución a las faenas comunales, especialmente en la limpia de acequias y canales en proporción a la extensión de la propiedad privada. Pero como muchas tareas están vinculadas precisamente al mantenimiento de la totalidad de los ciclos agropecuarios, su contabilidad resulta siempre causa de conflicto en la organización del trabajo colectivo. Igualmente, en otras formas de cooperación la apropiación privada de las tierras de un ciclo agrario y la desigualdad en su acceso originaba problemas: los grupos de cooperación recíproca obviamente sólo podían funcionar en el caso de una homogeneidad en el acceso. Al no existir homogeneidad en los grupos de parientes que sirvieron de referencia para obtener cooperación recíproca, surgieron nuevas formas de agrupación que asociaban a unidades domésticas en situación similar.

Las posibilidades de disponer de mano de obra marcan un límite a la diferenciación de los poblado-

res en cuanto al acceso a los recursos. Una unidad doméstica puede controlar únicamente la cantidad de tierras que puede conducir con su trabajo o el de otras unidades obtenido mediante intercambio recíproco, en los ciclos donde el precio obtenido por los productos no permite el pago de jornales. Esta situación está bastante generalizada en el medio andino dada su baja productividad, así como la baja generalizada de los precios de la producción agrícola. En consecuencia, la variante de la organización del trabajo y de la consecución de la mano de obra, mediante el pago de salarios y la apropiación de tierras de cultivo, no puede generalizarse. Siempre queda como modalidad inserta en un total más complejo, que mantiene aspectos de otras formas de organizar la conducción de los múltiples ciclos de cultivo.

Analicemos el significado de la articulación de las formas diversas para organizar la producción y congregar mano de obra en un conjunto social comprometido en varios ciclos agropecuarios. El conjunto —llamémoslo comunidad, aunque pueda rebasar sus límites en el caso que sus miembros se empleen temporalmente en ciclos de producción mercantil— debe analizarse como una unidad, ya que sólo la totalidad de las relaciones sociales existentes permite la permanencia del grupo. La producción para el mercado, aunque se realice en campos de cultivo apartados, no puede separarse analíticamente de la totali-

dad, aun cuando se produzca con mano de obra familiar o recurriendo a trabajo asalariado, siempre y cuando su reproducción esté asegurada no sólo por el salario o su venta en el mercado.

Mientras subsista la necesidad de complementar o basar la economía familiar en la *conducción simultánea de una serie de ciclos agropecuarios*, y mientras una parte de la producción no pueda colocarse en el mercado, estas actividades tienen que considerarse como parte de un todo inseparable. Esta totalidad explica la posibilidad de insertarse en el mercado, pese a la baja productividad del trabajo agropecuario. Mientras subsista la imposibilidad de garantizar la permanencia de la unidad doméstica y de quienes cooperan en la producción con el dinero obtenido con la venta de los productos, los campesinos andinos no pueden entenderse como "pequeños productores mercantiles simples", ni como "propietarios agrícolas", ni como, "burguesía rural" solamente, sino como integrantes de conjuntos socioeconómicos que articulan la producción de bienes de uso para el consumo directo con la de mercancías. Como estos conjuntos requieren de formas complejas de cooperación para llevar a cabo una producción multicíclica, sus partes tienen que entenderse en relación a éstas, incluso cuando una parte se cumpla al parecer en forma independiente, en una chacra separada. Entender el trabajo en la producción mercantil como algo

separado tendría sentido únicamente si realmente fuera separable, como sería el caso de un horticultor que vende sus verduras en el mercado y con el dinero obtenido satisface las necesidades de consumo de su familia y de insumo de su producción.

Normalmente, con la estructura de precios existente en los países andinos, la baja productividad no permitiría este tipo de inserción en el mercado. Separar la producción mercantil de su articulación con la producción para el autoconsumo solamente encubriría la baja productividad, así como al hecho que el requisito para la aparición de los productos en el mercado no sólo representa el trabajo invertido en su producción, sino también el resto del trabajo invertido en la producción de autoconsumo.

Al analizar la comunidad a partir de su inserción en el mercado, se encuentra la subordinación de la segunda respecto a la primera. El trabajo asalariado en la comunidad no debe entenderse como venta de trabajo por parte de un proletario, despojado de sus medios de producción, sino como la venta de trabajo de alguien que para complementar su subsistencia con bienes que no produce recurre a la venta temporal de su fuerza de trabajo. En este aspecto la comunidad resulta perfectamente comparable a la hacienda serrana, donde la mano de obra se mantiene trabajando las parcelas que ésta le señala y dedica

además su tiempo a cultivos directamente conducidos por el hacendado, quien a cambio del trabajo recibido paga un salario mínimo insuficiente para la subsistencia de los peones, y que únicamente les sirve para cubrir determinados gastos secundarios.

A nadie se le ocurriría analizar este tipo de hacienda por partes. Cuando se produce el mismo fenómeno entre una hacienda y las comunidades circundantes, o cuando ocurre en una comunidad, no conviene obstaculizar la percepción del conjunto operante analizando sus subconjuntos como si fueran independizables. Lo mismo vale para la economía doméstica que conjuga la producción mercantil con la de autoconsumo.

Hay una distorsión al evaluar estadísticamente el total de producción mercantil y la de autoconsumo. Como la producción andina es una producción multicíclica con productos diversos, cualquier evaluación de la utilización del conjunto de los bienes producidos recurre a una equivalencia generalizada, por lo común el precio que los diversos productos obtienen en el mercado. Como normalmente se comercializa la producción de los ciclos en los que resulta más favorable la relación entre tiempo de trabajo invertido y precio obtenible en el mercado, se llega estadísticamente a una sobrevalorización de la producción mercantil. Pero incluso si se analizara la relación

entre producción mercantil y de auto consumo en términos de tiempo de trabajo invertido, y resultara que el de la primera es mayor que el de la segunda, quedaría por analizar, sea en calorías o cualquier otra medida, el aporte de cada una a la subsistencia de los productores.

El problema de cualquier evaluación de este tipo, sea en valores mercantiles, tiempo de trabajo o en valor para la subsistencia, es que los porcentajes menores no son excluibles. Un valor necesita del otro, siempre y cuando existan los dos.⁹

Si es así, la separación analítica de la pequeña producción mercantil simple, incluso la que elabora productos recurriendo a trabajo asalariado temporal de los conjuntos articulados de producción multicíclica, especialmente cuando sirve para indicar la dirección del desarrollo de la sociedad agrícola andina, es simplemente la repetición de una ideología que encubre el carácter social de la organización de la producción agropecuaria andina.¹⁰

9. Véase al respecto Montoya 1980a y los trabajos que cita en la p. 26.

10. Me refiero especialmente al trabajo de Rodrigo Montoya (1980a). Otro trabajo del autor (Montoya 1980b), referido exclusivamente a las comunidades andinas, sigue la misma línea y no logra acercarse al problema por excluir de su "análisis de clase" el del proceso productivo.

Este error es solamente una variante de otro que utiliza las formas de lograr la propiedad de los productos para determinar el carácter de la producción. Sin embargo, el grado de cooperación social no se expresa, necesariamente, en dichas formas. En casi todas las formaciones socioeconómicas la propiedad de los medios de producción por lo general encubre el carácter social del proceso productivo. Esto es válido no sólo en las formaciones en las que la propiedad da lugar a la distribución desigual de los frutos del trabajo colectivo (como el feudalismo o el capitalismo), sino también en las que la distribución resulta más o menos uniforme. Hay una tendencia a ver la cooperación en la producción como algo exterior a la misma, siempre y cuando el provecho sea privado y el trabajo no tenga como base el asalariamiento de los trabajadores. Así, erróneamente se interpreta la cooperación en grupos de *ayni*, en faenas comunales, en grupos de *minka* (cuando no es trabajo asalariado), como vinculada a ciertas tradiciones y no a las necesidades que surgen de la producción y formas de trabajo que permiten la subsistencia de los grupos familiares. Montoya en el trabajo citado (1980a), después de reconocer la *necesidad* de cooperación entre los campesinos (p.18), se refiere a una *producción parcelaria*, que subordinaría

al campesino *individual*, y no *socialmente* al capitalismo como modo de producción dominante en el Perú."

11. Más allá de la posibilidad de interpretar ambiguamente el concepto de Marx, debe insistirse en que la realidad de la producción campesina, que forma el trasfondo de la elaboración teórica de Marx, difiere fundamentalmente de la que hasta ahora prevalece en los Andes. Difiere fundamentalmente el grado de utilización de energía animal, la complejidad de las herramientas utilizadas en el barbecho, siembra, cosecha, almacenamiento, y transporte, y el nivel de productividad del trabajo. De tal manera que el campesino europeo *parcelario* depende de su ajuste con el desarrollo de las fuerzas productivas en las ciudades, y le basta la mano de obra familiar, mientras el campesino andino sigue dependiendo mucho más de la cooperación de otros campesinos.

ESTRATEGIAS POLICICLICAS Y CONFLICTOS SOCIALES

EL MANEJO SIMULTÁNEO de diversos ciclos agropecuarios cohesionan socialmente a quienes participan en ellos. Sin embargo, la necesidad de cooperación no es óbice para impedir contradicciones y conflictos entre los agricultores. Estas fisuras, que en buena cuenta son inherentes al sistema, de alguna manera están enmarcadas y supeditadas al funcionamiento del sistema como tal. El hecho que las contradicciones se supediten al mismo funcionamiento de la cooperación estaría indicado por el carácter ritual de las relaciones sociales del trabajo cooperativo, de los intercambios económicos; en la edificación de la unidad entre pobladores y naturaleza, en la acentuación de la comunidad como algo que se antepone al individuo, y en la referencia continua de un origen y antepasados comunes en el mundo andino. La mercantilización y la referencia social e ideológica más amplia de un mundo no inscrito en limitaciones tan cor-

tantes, en cierta manera deja aflorar estas contradicciones. Las rupturas se hacen notorias especialmente cuando surgen posibilidades, individuales o de grupo, de separarse de las unidades domésticas insertas en la organización andina.

Una fuente importante de conflictos es que, en muchos casos, las familias campesinas tienen la capacidad de optar por diversas estrategias policíclicas. Es perfectamente posible que una familia escoja, dentro del modelo, dedicarse a la crianza de ganado vacuno y al cultivo de tubérculos en tierras de secano. Otra posibilidad es que opte por una asociación de ganadería lanar con cultivo intensivo de maíz y hortalizas en tierras bajas con riego. Hay otras combinaciones posibles, sobre todo cuando se trata de una producción parcialmente mercantil. En ésta es factible independizar un ciclo, cuyos productos tienen una situación ventajosa en el mercado, siempre y cuando sea posible disponer de la mano de obra necesaria en las épocas de mayor trabajo. En los ciclos ganaderos la situación es diferente, ya que es menor el requerimiento de mano de obra. La ganadería podría sostener una población de pastores, lo que generalmente es más difícil en el caso de la agricultura. Por lo tanto, el acoplamiento y supeditación de la ganadería de altura a las necesidades económicas de los agricultores es en sí una situación de fuerza.

Estas formas de economía familiar requieren una base social y a su vez permiten disgregarse social-

mente al conjunto de familias con diversas estrategias policíclicas. Sin embargo, resulta interesante que la independización de ciclos a nivel social se haya producido especialmente en una situación de supeditación del conjunto y de una ocupación de hecho de los terrenos dedicados al ciclo independiente. Esto se cumple en la ocupación de los pastos de altura por haciendas, con la correspondiente expulsión de campesinos para favorecer una ganadería independiente. No es casual que los agricultores que nunca se conformaron con este despojo parcial en buena parte hayan recuperado estos terrenos. Las comunidades que en las décadas de 1950 y 1960 trataron de recuperar los pastos de altura, que en años anteriores les arrebataran empresas ganaderas, no se contentaron con el modelo ofrecido por la Reforma Agraria de 1969, según el cual el núcleo ganadero se mantenía independiente, dejando a los agricultores sólo una participación en las utilidades. Los afectados lucharon hasta lograr la integración total de estas tierras al modelo económico de las comunidades, contrariando la voluntad de los pastores. Este problema es común a muchas comunidades. En Huayopampa los pastores de altura intentaron independizarse. Fueron reintegrados, por la fuerza, al dominio de la comunidad.¹²

12. Este intento se produjo a principios de la década de 1960 y fue rechazado. Sin embargo, al haberse profundizado la dedicación lucrativa de los comuneros al cultivo de frutales en las tierras bajas de la comunidad, se está repitiendo

La independización de tierras de cultivo, con rendimientos relativamente altos, se produjo al ser ocupadas por gente urbana, lo que incluso acentuó la supeditación del campesinado, gente que conducía la agricultura con mano de obra dependiente en las épocas de poco requerimiento, y con la de los mismos pueblos despojados en las épocas de mayor trabajo. La tendencia resultante, como consecuencia de la reforma agraria, fue reconstituir la situación anterior al despojo, en muchos casos en contradicción abierta con los deseos de la gente residente en dichas unidades.

Los conflictos intercomunales por tierras guardan relación con la organización andina, y se explican, en parte, por la continua reducción del espacio organizado con las estrategias policíclicas desde la época inca. Por entonces, la organización del espacio se supeditaba a la política consciente del Estado para ampliar la producción más allá de las fronteras étnicas, estableciendo nuevas zonas de cultivo con la finalidad de emplear temporalmente mano de obra subocupada. El caso más conocido de este tipo de ampliación fue el cultivo de maíz en el valle de Cochabamba, Bolivia, recurriendo a la numerosa población del altiplano del Collao, subocupada por la estacio-

el proceso de una manera no violenta, ya que los fruticultores abandonan cada vez más la ganadería de altura, mientras los pastores aumentan la cantidad de ganado propio. De esta manera los pastores controlan actualmente el 60% del ganado de altura.

nalidad del cultivo de tubérculos y quinua, que se trasladaba en las épocas de siembra y cosecha bajo la vigilancia de funcionarios estatales. Con la conquista española, el manejo estatal de la mano de obra y de los recursos se redujo nuevamente al nivel de las unidades étnicas e, incluso, a fracciones de las mismas. Con el surgimiento de las comunidades, debido a la política de reducciones y el descenso demográfico, se redujo aún más el espacio con un manejo simultáneo de varios ciclos agropecuarios. Diversos ámbitos quedaron en una situación indefinida respecto a las comunidades, e incluso como espacios aprovechados por los pobladores de varias comunidades, que seguían teniendo como referencia la unidad étnica que se mantenía a nivel de algunas instituciones. Con el crecimiento demográfico y la utilización más intensiva de los recursos naturales, surgieron los conflictos entre comunidades por estas tierras. Estos conflictos, a la vez que la ocupación de facto de tierras por otras comunidades que las precisaban, frente a las que aludían derechos de propiedad, han originado litigios interminables, especialmente entre comunidades surgidas del mismo grupo étnico.

La independización de los terrenos irrigados se gesta de una manera menos violenta, al parecer desde que pasan al régimen de propiedad privada. Si bien dicho sea de paso se hizo, por lo general, de manera igualitaria, ya significaba la sustracción de dichos terrenos del dominio general y de su disponibilidad

óptima para el manejo de ciclos simultáneos. La historia posterior muestra cómo el paso parcial al régimen de propiedad privada, junto con la propiedad de ganado, se ha convertido en uno de los aspectos más importantes para la diferenciación interna de las comunidades. Quienes han mantenido y acrecentado su dominio sobre las tierras con riego constituyen actualmente el núcleo de una clase separada, que puede pagar la mano de obra a campesinos que carecen de este recurso. Esta diferenciación y el conflicto que surge de ella se basa en instituciones, como el mercado y la legalidad nacional, que no son precisamente propios de la organización andina.

La inserción del mundo campesino andino en el contexto de la sociedad nacional y mundial y la disponibilidad de alternativas ideológicas, sociales y económicas en los ámbitos regionales permiten un grado de disenso imposible en la organización andina, dada la estrechez de su modelo, limitado por sus carencias. Donde no hubo una alternativa real que fuese más allá de las fronteras étnicas, el conflicto necesariamente tenía que estrellarse contra las instituciones, las, costumbres y la necesidad general. Actualmente, y en parte desde la conquista española —si se observa la retracción del yanacona de su contexto étnico—, el conflicto tiene su salida en la emigración, aunque también puede instalarse en las mismas comunidades. Índice del conflicto comunal son quienes se desligan de las instituciones comunales pa-

ra apoyarse económicamente en cultivos relativamente rentables en terrenos de propiedad privada, que recurren en sus necesidades de mano de obra a peones temporalmente asalariados, o que complementan sus actividades agropecuarias con trabajo temporal fuera de los límites del pueblo, en minas y ciudades, participando en las redes de comercialización que no forman parte de las instituciones comunales andinas. Este conflicto, a nivel ideológico, toma la forma de adhesión a iglesias evangélicas frente a las instituciones y rituales comunales tenidos como católicos. Por otra parte, se recurre simplemente a la oposición entre una supuesta modernidad, propia del mundo extracomunal, frente a lo tradicional de las instituciones andinas. Estos grupos sociales en conflicto, que se apoyan en la sociedad nacional, al no transformar la productividad exigua no eliminan la razón de ser de la organización andina, por lo que, en consecuencia, ostentan una naturaleza parasitaria frente a ella.

SOBREPOBLACION, RELACIONES MERCANTILES Y ASALARIAMIENTO

LAS ÚLTIMAS DÉCADAS han conducido a variaciones en la organización andina, que requieren analizarse pues cuestionan su vigencia. La explicación de estas variaciones se encuentra básicamente en la inserción del espacio andino en una sociedad que se le antepone, cuyas reglas corresponden a una lógica de otra índole. Una consecuencia es la sobrepoblación, cuya causa se encuentra en varios fenómenos. Gracias a prácticas médicas más difundidas, baja la mortalidad infantil y aumenta la expectativa de vida de los pobladores. Por otra parte, la reducción del ámbito de seguridad social ° induce a la población a un nuevo comportamiento generativo, ya que para los campe-

° Como "ámbito de seguridad social" se entiende la extensión del grupo que se responsabiliza por los individuos en casos de invalidez, enfermedad y vejez.

sinos andinos ésta se basa cada vez más en sus descendientes inmediatos. La relación con el mundo urbano y costeño conduce a un continuo drenaje de recursos, que origina un estancamiento de la capacidad productiva de la agricultura andina frente al aumento continuo de la población. El desarrollo de la capacidad productiva, en algunos casos mediante maquinarias, en otros mediante insumos técnicos, reduce la fuerza de trabajo necesaria.

La sobrepoblación en los conjuntos andinos de producción ocasiona diversos fenómenos: la migración definitiva de numerosos individuos a las ciudades, selva, asientos mineros y otros. Los migrantes mantienen ciertos lazos con sus pueblos de origen, que adquieren importancia porque dirigen al campo una considerable suma de dinero, tanto en remesas a parientes cercanos, como destinadas a la celebración de fiestas patronales u otras. Las sumas son lo suficientemente importantes como para permitir que determinadas relaciones sociales funcionen dentro de una base monetaria. Así, los padres de un migrante, agricultores que manejan varios ciclos simultáneamente, al necesitar de mano de obra en las épocas de mayor trabajo, al no poder recurrir al de hijos o yernos porque migraron, disponen del dinero de las remesas para pagar la mano de obra indispensable. La cooperación en el grupo padre-hijo-yerno es sustituida por la del trabajo asalariado, financiada por hijos o yernos. Situaciones parecidas ocurren igualmente

en las faenas de las comunidades y en grupos que anteriormente se basaban en la reciprocidad.

El segundo fenómeno relacionado con la sobrepoblación es la migración de los habitantes a los lugares ya mencionados, donde, se emplean en forma temporal. En este caso cabe distinguir entre gente que se emplea fuera de la comunidad dentro del requerimiento de trabajo anual, y fa que se emplea fuera del pueblo en una fase de su ciclo vital. Lo primero puede tener varias explicaciones.

Al producirse la sobrepoblación se emplea la tierra sin supeditarla a una lógica que busque el aprovechamiento máximo de la mano de obra, es decir se adecúan los ciclos de cultivo. En algunos casos, en las comunidades quedan tierras disponibles sin utilizar, porque no habrían contribuido a un manejo óptimo sino a la subocupación estacional, propia del monocultivo, por ser tierras de solamente un ciclo. Al exceder la mano de obra disponible a las necesidades del manejo óptimo de ciclos simultáneos, se empieza a utilizar los recursos en las tierras disponibles, aunque esto signifique una subocupación o desocupación estacional. Esta fuerza de trabajo desocupada estacionalmente estará dispuesta a migrar temporalmente, ya que de otra manera no podría costear su subsistencia.

La otra variante es la migración temporal durante una fase del ciclo vital. Básicamente se trata de jóvenes o recién casados. Las razones son varias: la

escasez de tierras y el régimen de propiedad privada de las más importantes hace que los hijos solamente puedan trabajar las tierras que dejan sus padres, y si éstos están aún en plena actividad productiva los hijos se ausentan hasta que pueda cumplirse el tránsito generacional. Al lado de la posibilidad de entrar en las posesiones de los padres, ha surgido la posibilidad de crearse una base de vida agropecuaria mediante la adquisición de tierras o ganado. Algunos migrantes jóvenes apuntan hacia esta posibilidad, tratando de reunir dinero suficiente en sus actividades en los centros mineros, la selva o las ciudades.

Un tercer tipo de migración temporal en el ciclo vital surge por la oposición entre la propiedad privada y la estructura de producción de carácter comunal que incluye formas sociales concomitantes, como son los agasajos que ofrece una unidad doméstica a hermandades, cofradías, grupos de parientes, todo un pueblo o varios pueblos. La propiedad privada ha destruido, en gran parte, formas de usufructo común de productos, precisamente para estos fines, así como modos de organizar su producción común. En estos casos se ha reducido la capacidad de movilizar parientes en los cuales una unidad doméstica funcionaba más como *organizadora* de la producción común para estos fines, que como su *sufragante*. Al mantenerse la necesidad de la actividad comunal y su celebración, y al cargar todo el peso so-

bre una unidad doméstica, obligada socialmente a aceptar el cargo, surge la necesidad de proveerse de dinero con una migración temporal.

Las relaciones mercantiles de los productores agropecuarios dentro de la comunidad obligan a un cambio de énfasis en el manejo de los ciclos. A la lógica de la optimización del uso de la mano de obra se opone la de maximizar los ingresos por la venta de la producción, siempre y cuando se logre cubrir el costo de mantenimiento de la unidad doméstica. Lo último se alcanza solamente en casos que no son la regla, ya que se produce una combinación de la lógica de la producción mercantil y de la producción destinada al autoabastecimiento, tanto en las unidades domésticas como en todo el espacio cubierto por la organización andina.

Una consecuencia de la penetración mercantil es que, especialmente en relación a la producción de mercancías, la cooperación adquiere cada vez más la forma de trabajo asalariado, especialmente cuando existe ya una marcada diferenciación en el acceso a los recursos. El asalariamiento temporal de gente no completamente proletarizada es una de las formas con las que la lógica de la producción mercantil supedita a la de autoabastecimiento, típica de la organización andina.

La combinación de producción mercantil y asalariamiento, en un universo con un acceso privado a los recursos, puede conducir a una lógica nueva en su

manejo, frente a la lógica de maximizar el tiempo de trabajo en una economía dominada por la autosuficiencia. Un productor frente a la disyuntiva de producir una mercancía, o también un bien de uso, en un ciclo agrícola puede preferir el asalariamiento en otro ciclo de producción que coincide con las fechas de requerimiento de mano de obra y al que no tiene acceso directo. Esto ocurre generalmente cuando los salarios son altos, como en el cultivo de coca, café, cacao) algunos cultivos costeros. Cuando coinciden los requerimientos de la mano de obra en estos cultivos con los ciclos conducidos por el campesino mismo, éste o su familia pueden recurrir al trabajo asalariado con el objeto de mantener su propia producción, que complementa sus gastos de subsistencia.

Con todo esto, y la visible variación en el manejo de los recursos, hay que definir cuándo la organización andina deja de ser tal. Básicamente la organización de la agricultura en los Andes deja de ser propiamente andina cuando no se tiene que recurrir al manejo simultáneo de varios ciclos agropecuarios y a la cooperación necesaria para su manejo. La utilización de mano de obra asalariada y la articulación mercantil sin duda alguna trasponen la organización andina a otro nivel, como ocurrió con las formas de movilización introducidas durante la colonia: la mita, el tributo, el reparto de mercancías, y la hacienda. La postulación de una estructura básica de

la agricultura andina, caracterizada por el manejo simultáneo de varios ciclos agropecuarios y la necesidad de cooperación en su manejo, no quiere oscurecer la variación histórica que se da en este espacio. Por el contrario, quiere contribuir a aclarar sus alcances y límites, y también a esclarecer la variación producida al introducirse nuevos determinantes. Llegaría a su fin la organización andina si la productividad del trabajo agrícola aumentara de modo tal que las unidades domésticas, al igual que en las zonas de monocultivo, pudieran vivir con una cantidad más limitada de su tiempo de trabajo invertido en la producción de un solo ciclo.

CONDICIONES NATURALES Y UBICACIÓN DE COMUNIDADES

La naturaleza y el aprovechamiento agrario

UNA NATURALEZA sumamente diversificada caracteriza al territorio andino. Los condicionantes de esta diversificación son; la variación de la latitud, que determina una acentuación de la estacionalidad del clima de norte a sur; la elevación de los Andes mismos, que da lugar a variaciones altitudinales con paisajes característicos y secciones de la cordillera en las que tienen significado la reducción de la altura al norte de la Cordillera Blanca; el ancho de las cordilleras, que en la región sur se multiplica, alcanzando su máximo en Bolivia. Por otra parte, las corrientes marinas y su temperatura frente a las costas occidentales del continente, que baja en dirección norte sur y finalmente los diversos sistemas de vientos, que influyen" en el acarreo de masas de aire oceánicas y con ellas en la precipitación pluvial. Todo esto condiciona algunas variaciones generales.

Las corrientes marinas frías frente a la costa conducen a la pérdida de humedad del aire que llega a la tierra. Esto origina una franja desértica de Tumbes hasta el norte de Chile, que tierra adentro se convierte en estepa. En el norte su ancho no supera la región costera, pero aumenta considerablemente en dirección sur, de tal manera que a la altura de Bolivia esta franja se extiende hasta el altiplano, haciendo de la puna una estepa seca de gramíneas.

En toda esta región, la agricultura es posible sólo como agricultura de riego. Su ancho tiene una incidencia inversa sobre la disponibilidad de agua para el riego, cada vez más exigua hacia el sur, si bien el caudal de los ríos varía con la altura y el tamaño de la cuenca colectora. La agricultura de secano en la vertiente occidental es posible solamente más allá de esta franja. Sus posibilidades, por lo tanto, se reducen en dirección sur. Las condiciones para una agricultura dependiente de las lluvias es mayor en los valles y planicies interandinos, donde sus posibilidades son limitadas por la altura, y especialmente por la cantidad de días con heladas nocturnas que aumenta con ella. Las condiciones al norte de la Cordillera Blanca son particularmente favorables. Hacia el sur, debido a mayores alturas, la puna domina el paisaje interandino, interrumpida por el fondo de los grandes valles que permiten la agricultura. En ellos la irrigación tiene importancia, no tanto para suplir la falta de lluvias, sino para acelerar el ciclo

de crecimiento de los cultivos o situado en la época libre de heladas. La puna misma es aprovechable básicamente para las diversas formas de pastoreo y, en sus partes bajas, para la agricultura de tubérculos, debido a que éstos pueden desarrollarse parcialmente pese a las heladas. Las inmediaciones del Lago Titicaca son una excepción a esta regla, ya que su masa de agua tiene un efecto estabilizador sobre la variación de la temperatura, y porque aumenta la precipitación pluvial.

Las lluvias en la vertiente Oriental son lo suficientemente fuertes como para permitir una agricultura de secano en todos los pisos altitudinales, siempre y cuando las heladas nocturnas no las impidan. Allí la irrigación cumple la función de independizar parcialmente los ciclos de cultivo de las épocas de lluvias. En los pisos más bajos la intensidad de las precipitaciones dificulta las labores agrícolas. Por otro lado, la fuerte pendiente de las laderas y otras consecuencias de la erosión son problemas a resolver, de tal manera que los métodos de conservación del suelo, especialmente de las terrazas de cultivo, son de importancia primordial. La precipitación pluvial en la vertiente oriental disminuye considerablemente en Bolivia, donde las condiciones generales para la agricultura se asemejan más a, las de la vertiente occidental de los Andes, en el norte y centro del Perú.

Donde es posible la conducción de varios ciclos agropecuarios en un espacio relativamente reducido

y donde, por otra parte, las condiciones generales del clima, suelo y carácter de las tierras de cultivo impiden o dificultan la introducción de una agricultura muy productiva, se encuentran las condiciones para la organización andina. Al observar la distribución de las comunidades legalmente reconocidas en el territorio peruano (mapa 1), se aprecia de manera general que las grandes concentraciones de campesinos organizados en comunidades están establecidas en zonas con dichas características.¹³

Las comunidades de la vertiente occidental

Una franja mayoritariamente ocupada por comunidades se encuentra en las partes altas de los valles de la vertiente occidental de los Andes, más o

13. Obviamente, el manejo simultáneo de varios ciclos agropecuarios no es exclusivo de la economía de las comunidades legalmente reconocidas, ni la existencia de una comunidad significa necesariamente el manejo simultáneo de varios ciclos en diversos pisos altitudinales. Son interesantes las observaciones de Caballero (1979) sobre la agricultura serrana en los albores de la reforma agraria. Según él, el 98% de las unidades agropecuarias de la sierra son minifundios, que controlarían el 80% de las tierras. Los minifundistas tendrían el 86.9% de vacunos, el 74.1% de ovinos, el 94.3% de equinos, el 69.5% de camélidos, y que el 41.7% de los pastos, el grueso estaba controlado por haciendas, correspondería a explotación comunal. Si a *estas* cifras agregamos su observación "...la combinación, aunque desigual, de agricultura y ganadería caracteriza el minifundio serrano" (Caballero 1979: 99), y si se observa que el autor sigue en su análisis las categorías censales, que básicamente se rigen por las



menos desde Santiago de Chuco, en el norte, hasta Cotahuasi, en el sur, ocupando tierras entre 1,550 y 5,000 m.s.n.m. Casi todas combinaban originalmente el cultivo del maíz en las tierras bajas irrigadas, el de la papa en las tierras intermedias con agricultura de secano, y la ganadería en las punas. Al lado de los cultivos principales mantenían en los diversos pisos chacras dedicadas a otros cultivos. En los pisos bajos irrigados tenían una importancia considerable frutales y verduras.¹⁴

La densidad de comunidades es considerablemente menor al norte de la franja indicada. En su lugar se encuentran pequeños, medianos y grandes agricultores y ganaderos mucho más especializados en terrenos clasificados como "tierras regulares para cultivos intensivos y otros usos, arables" según el 'Mapa de capacidad de uso de los suelos' (Instituto

unidades de propiedad privada y no otras, como grupos de producción, y si además se agregan nuestras observaciones sobre el carácter de las haciendas serranas, podría sospecharse que actualmente la gran mayoría de recursos agropecuarios y de la población campesina serrana se encuentran ligados a lo que llamamos 'organización andina'

14. El "Mapa de sistemas agrarios" del estudio de Mayer y Fonseca (1979) ilustra muy claramente el tipo de ocupación territorial y utilización agraria en estas comunidades. Un estudio que aclara la variación histórica en el manejo de estos ambientes y el cambio del énfasis en la explotación y transformación de los recursos, de acuerdo al desarrollo de la economía regional y las condiciones del mercado nacional, es nuestro trabajo sobre la comunidad de San Agustín-Huayopampa (Fuenzalida et. al. 1968).

Nacional de Planificación 1963-1970). Estos terrenos pertenecen, además, al tipo CW (clima templado moderado lluvioso) en la clasificación de Koeppen, en vez de los tipos BSW (clima de estepa, lluvias escasas en verano), DWB (clima frío, seco en invierno, con temperaturas + 10°C por lo menos durante cuatro meses) y ETH (clima de tundra seca de alta montaña) cuya estrecha combinación caracteriza la franja ocupada por las comunidades más al sur. En la parte de la vertiente occidental al sur de Puquio, y más acentuadamente al sur de Cotahuasi, estas zonas son mucho más amplias, especialmente la zona BSW, de tal modo que es muy difícil su utilización por una agricultura policíclica, especialmente en lo que se refiere a cultivos de secano. La ocupación del territorio por comunidades con una economía basada en la agricultura de riego y la ganadería en pastos de altura, de bastante mala calidad, comparativamente es más exigua que en la vertiente occidental central.

Las comunidades de la vertiente oriental

En la vertiente oriental las condiciones para una agricultura poli cíclica son más definidas, pues la variación climática se presenta en espacios mucho más reducidos (entre los climas ETH –clima de tundra seca de alta montaña–, DWB –clima frío, seco en invierno–, y CW –clima templado moderado lluvioso– en la clasificación de Koeppen), por el carácter de los valles con pendientes muy pronunciadas. Ade-

más, la disponibilidad general de agua para una agricultura de secano, con la posibilidad de riego adicional para variar los ciclos de crecimiento, permite un espaciamiento de los ciclos de acuerdo a la disponibilidad de tiempo de trabajo, especialmente si se tiene en cuenta que los grupos pueden tener acceso a terrenos en la selva. La amplia mayoría de las comunidades peruanas se sitúa en esta franja, entre Piscobamba por el norte y Canas y Canchis por el sur, siendo considerablemente más amplia que la de la vertiente occidental, sobre todo en la región sur. Esto se debe básicamente al carácter diferente de los valles orientados hacia la hoya amazónica en comparación con los que corresponden a la vertiente del Pacífico (salvo el río Santa). Los primeros tienen, sobre todo en sus tramos intermedios, una pendiente mucho menor que los segundos.

Al norte de la franja indicada, la presencia de comunidades es mucho más reducida. En esta zona los Andes son más bajos, lo que determina la desaparición del clima ETH y una preponderancia del clima CW, que junto con la presencia de tierras regulares para cultivos intensivos y otros usos arables permite una agricultura mucho más intensiva sin la necesidad de recurrir a cultivos policíclicos.

Las comunidades interandinas

Hay dos concentraciones de comunidades que no corresponden claramente a las dos vertientes. Una

de ellas es la hoya del Titicaca, la otra, la cuenca superior del valle del Mantaro. El altiplano del Collao, en las inmediaciones del Lago Titicaca, sostiene una población agropecuaria, agrupada principalmente en comunidades, de proporciones considerables. La explicación de este hecho se encuentra, por un lado, en la presencia del lago, que crea condiciones climáticas para el mantenimiento de una agricultura basada en el cultivo de papa, quinua, cañahua, haba y cebada con bajos rendimientos por hectárea, y una limitada productividad del trabajo. Una economía basada en esta agricultura sería difícilmente viable por sí sola, pero junto a la ganadería y sus derivados, (lana y leche) ofrece un modelo posible, al que corresponde un equilibrio muy frágil, por la combinación de estas diversas actividades y las pocas opciones que le presenta al campesino. Un indicador de la necesidad de combinación puede verse en el hecho de que de las 97.168 unidades agrarias censadas en 1972, en las provincias de Puno, Chucuito y Huancané, el 82.3% se dedicaba a la crianza de ovinos, el 71% a la de vacunos, el 73.5% al cultivo de la papa, el 54% al de la cebada y el 30.5% al de la quinua, quedando relegados otros cultivos o crianzas. Si comparamos estas cifras con las de algunas provincias del Cusco (Acomayo, Canchis, Chumbivilcas y Paruro), allí de las 14,589 unidades campesinas, el 64% cría ovinos, el 61% vacunos, el 52% cultiva papa, el 37% cebada y el 34% maíz, y junto a éstos un gran número de cultivos de considerable importancia. Es decir, la ver-

tiente oriental ofrece una gama mucho más amplia de actividades agropecuarias entre las que los agricultores pueden optar dentro de ciertos límites; mientras que los del altiplano del Callao tienen que recurrir, sin mucha variación, a una combinación fija de actividades. La base de la organización en el caso de las comunidades altiplánicas es el aprovechamiento común de los pastos y el cuidado, también común, de rebaños, cuyos beneficios compartidos permiten una dedicación relativamente intensiva a actividades agrícolas con resultados muy escasos. A estas actividades en el altiplano hay que agregar otras ejercidas fuera del medio, siguiendo un patrón de migración estacional a otros ambientes, de ambas vertientes de los Andes, que se realiza con modalidades diversas desde épocas prehispánicas.

Pese a estas migraciones cabe insistir en que la base de la existencia de las comunidades y de la densidad demográfica en las inmediaciones del Lago Titicaca es la combinación de ganadería y agricultura. La ganadería requiere relativamente poco trabajo, la pertenencia a una comunidad y la posesión de ganado da a las unidades domésticas ingresos básicos que incluso pueden potenciarse con el procesamiento de la lana de camélidos y ovinos. Dada la densidad de la población, y la cantidad limitada de ganado per cápita, estos ingresos en la mayoría de los casos no son suficientes y tienen que complementarse con una agricultura sumamente exigua. Para la ganadería

misma, de ninguna manera se requiere la densidad de población existente en el altiplano del Titicaca. Si se comparan las provincias aledañas al lago (Chucuito, Puno y Huancané) con la de Lampa, se encuentra que se asemejan perfectamente en la cantidad de ganado por hectárea de pastos (1.55/ha. en las primeras, 1.51/ha. en la segunda). Sin embargo, la densidad de población en las provincias inmediatas al Titicaca determina que la riqueza ganadera se distribuya entre un número mayor de unidades domésticas. Mientras en Lampa, en 1972, se contaban 109 cabezas de ganado por unidad agropecuaria; en Puno, Chucuito y Huancané había solamente 21. Así las comunidades resultan ser los mecanismos básicos de redistribución de riqueza ganadera y por lo tanto de la densidad demográfica en la zona. En este caso resulta obvia la importancia de la comunidad como unidad de defensa común de pastos, conducción común del pastoreo y redistribución de la riqueza ganadera.

En el resto de comunidades es sugestivo que en su gran mayoría mantengan un control sobre pastos punales y que al norte de la Cordillera Blanca, con la desaparición de la puna como espacio natural, se reduzca significativamente la organización de los campesinos en comunidades.

En la hoya del río Mantaro la concentración de comunidades es muy diferente. Mientras las condiciones del ambiente en la cuenca del Titicaca han

dado cabida a un desarrollo muy estrecho que obliga a los campesinos a combinar unas pocas actividades agrícolas, que se apoyan fuertemente en la ganadería como principal fuente de ingreso, la agricultura del valle del Mantaro se ha desarrollado preferentemente con cultivos hortícolas muy diversificados, en función del mercado limeño y con altos niveles de productividad. Esta horticultura se complementa con el cultivo de papa, maíz, cebada y trigo, con una desarrollada ganadería y una producción artesanal muy diversificada. El trigo sí bien muestra un mayor nivel de productividad que en otras áreas serrana, resulta provechoso cultivarlo como estrategia económica sólo si se asocia a la migración temporal, trabajo artesanal y actividades comerciales. Este conjunto de actividades se desarrolló en circunstancias caracterizadas por la expansión de latifundios, que obligó a pequeños y medianos productores a asociarse o a utilizar las comunidades y municipios para su defensa.

Por otro lado, el modelo de comunidad horticultora y artesanal que se desarrollaba en función del mercado regional y el creciente mercado costeño y minero, se asentaba en un ambiente que, en cuanto a infraestructura, contaba con la atención que entonces recibían del Estado las provincias serranas, sin correspondencia con este tipo de desarrollo diversificado. Por consiguiente, los municipios debieron crear las condiciones generales para la diversificación in-

terna,¹⁵ situación que les confirió un alto grado de legitimidad, que en buena cuenta los confundía con las comunidades, al facilitar el desarrollo de los pequeños productores mercantiles.

De esta manera, actualmente las comunidades del valle del Mantaro son agrupaciones limitadamente comparables con las comunidades andinas en general, aunque hayan surgido de una base similar.

Extensión de tierras dedicadas a la agricultura y ganadería

Las tendencias esbozadas en cuanto a la importancia de la agricultura de riego y secano, así como la de la ganadería en los pastos de altura, pueden comprobarse fácilmente mediante un muestreo de comunidades en los diversos ambientes. Las cifras del cuadro 5 permiten apreciar la importancia de la agricultura de riego en las comunidades de la vertiente occidental, mientras en todos los otros ambientes adquiere decididamente más relevancia la agricultura de secano. Resulta también significativo que los pastos en la vertiente occidental norte ocupen porcentualmente extensiones mucho más reducidas; algo parecido puede observarse en las comunidades del valle del Mantaro. Las comunidades de la cuenca del

15. Quizás el caso más famoso en este contexto es la instalación de una central eléctrica en Muquiyauyo, en 1921, cuya construcción se ventilaba en la comunidad ya en 1912 (Grondin 1978: 235 y s.).

CUADRO 5
Extensión y uso de tierras en comunidades

Región	Extensión de tierras (en has.)						Total Has.
	con riego		de secano		pastos naturales		
10 comunidades		%	%	%	%		
vertiente occ. norte (1)	33,480	39	15,936	18	37,127	43	86,543
vertiente occ. centro (2)	5,424	6	9,278	11	70,770	83	85,472
vertiente occ. sur (3)	5,004	6	—	—	84,589	94	89,593
vertiente orie. centro (4)	230	1	6,754	22	23,976	77	30,960
vertiente orie. sur (5)	—	—	3,101	21	11,591	78	14,692
cuenca interand. Titicaca (6)	—	—	3,990	14	24,315	86	28,305
cuenca interand. Mantaro (7)	1,040	8	5,447	42	6,501	50	12,988

Fuente: DGOR 1977.

1. en Huacabamba: Quispampa, Cabeza Succhirca, Lipanga, Segunda, Yacuas Collonayuc, Huaricancha; en Morropón: Chalaco Tri. gopampa, Lanche, Tamboya, Yamango.
2. en Huarochirí: Huachupampa. Quilcamachay, Langa; San Pedro de Casta; en Yauyos: Auco, Aquicha, Yauyos, Huancaya. Lincha, Tana.
3. en Tarata: Cairani, Calacala, Tamilaca, Tacalaya, Estique, Talabaya, Sitajara, Tarucachi, Ticaco. Challaguaya.
4. en Huari: La República, Castillo, Chupan, Huachis; en Angaraes: Rantay, Tucu, Callanmarca, Ayashquin, Chincho Chuyaya. cu, Sacsacc.
5. en Canchis: Callanca, Incaparte, Rokoni Inka Anansaya, Ccocha Ccoscoparte, Qquea, Machacmarca; en Chumbivilcas: Accacco, Ccasillo, Ccoyo. Moscco.
6. en Azángaro: Huanaco Mayo, Lacayparque, Milluni, Pacuta, Soratira; en Chucuito: Carancas, Collana, Lupaca, Santa Cruz de Aurihuas. Santa Cruz de Cumi.
7. en Jauja: Huaripampa, Huertas, Huancani, Muqui, Paca, Canchapunco, Paccha, Huasquicha, Pancan, Iple.

Titicaca y las de la vertiente occidental Sur tienen relativamente mucho más pastos que las otras comunidades. Un fenómeno que requiere mayor comprobación e investigación es la extensión absoluta de las comunidades. Es obvio que las comunidades de la vertiente occidental superan ampliamente a las de las otras Zonas. La explicación de esta variación no puede restringirse a la densidad demográfica, sino que debería ofrecer la lógica del porqué las comunidades de la vertiente occidental cuentan con más habitantes y mayores espacios. Sospechamos que la respuesta está ligada a los requerimientos de la estrategia policíclica en los diversos ambientes. En la vertiente oriental la variación ecológica se debe al pronunciado declive de las laderas, en espacios considerablemente más reducidos que en la vertiente occidental. Por lo tanto, una comunidad de la vertiente occidental, con una estrategia policíclica tiene que controlar más espacio para tener acceso a los diversos pisos ecológicos. En las cuencas interandinas, con poca variación ecológica, una gran extensión obviamente tampoco cumpliría una función mayor. Esta tendencia resulta más acentuada en el valle del Mantaro, frente a la cuenca del Titicaca, por su énfasis en la agricultura.

EL PROBLEMA DE LA PRODUCTIVIDAD

LA BAJA PRODUCTIVIDAD del trabajo humano, dadas las adversidades del ambiente, es una de las condicionantes básicas de la organización andina. Es sorprendente que no exista una investigación comparativa al respecto. Por esta causa debe recurrirse a cifras de censos y documentos administrativos que parecen confiables, *grosso modo*, ya que muestran bastante consistencia. Utilizamos como indicador de la productividad del trabajo agrícola datos sobre la producción del maíz y papa, es decir de los dos cultivos que siguen siendo de importancia básica para la economía campesina, y que parecen ser también pilares de sus estrategias policíclicas. Del censo agropecuario de 1972 obtenemos la producción de estos cultivos por hectárea a nivel provincial. El "Estudio sobre los requerimientos mensuales de mano de obra para la agricultura" (CEEB 1970) ofrece los requerimientos de

jornadas para los mismos cultivos por hectárea en las mismas provincias. Ambas cifras combinadas proporcionan un indicador de la productividad del trabajo, expresada en toneladas métricas por mil jornadas, para las provincias seleccionadas al azar y agrupadas, en dirección norte-sur, por su ubicación en la costa, la vertiente occidental, las mesetas interandinas, la vertiente oriental y la selva (cuadro 6).

Lo primero que se observa es la ventaja de la costa, es decir de la agricultura de riego en terrenos planos a poca altura, frente a la de la sierra y a la de la selva. La producción costeña requiere por hectárea de la mitad o menos de fuerza de trabajo y tiene rendimientos por hectárea que por lo menos triplican los de las otras zonas. Por consiguiente, las cosechas obtenidas por mil jornadas son múltiplos de las cosechas promedio en las regiones serranas y selváticas. La magnitud de los extremos resulta casi inconcebible: el producto de mil jornadas de cultivo de papa en la provincia de Cañete es 60 veces mayor que los del mismo cultivo en la provincia de Puno. Mil días dedicados al cultivo del maíz en Cañete son igualados por 15,000 días en la misma tarea en varias provincias de la sierra. Si bien los costos en insumos son más elevados en la Costa, la distancia es tal que la competencia de estos productos en el mismo mercado plantea, desde el comienzo, diferencias fundamentales en las formas de subsistencia de la mano de obra.

Productividad del trabajo en el cultivo del maíz y de la papa

(Fuente: Censo 1972 y CEEB 1970)

Región/Provincia	MAIZ			PAPA			Producción (t/000 jornadas (tm)	
	Jornadas por ha	Producción por ha (tm)	Jornadas por ha	Producción por ha (tm)	Jornadas por ha	Producción por ha (tm)	Maíz	Papa
COSTA								
Pacasmayo	34	2.68	—	—	—	—	79	—
Trujillo	48	2.19	121	—	—	—	46	84
Casma	47	3.80	—	—	—	—	81	298
Cañete	42	4.15	46	—	—	—	99	298
Chincha	46	3.73	59	—	—	—	81	193
Ica	31	2.62	69	—	—	—	85	193
Nazca	47	1.15	83	—	—	—	25	155
Promedio	42	2.90	76	—	—	—	71	171
VERTIENTE OCC.								
Contumazá	76	1.31	111	—	—	—	17	25
Otuzco	53	1.05	148	—	—	—	20	28
Santiago de Chuco	86	0.74	166	—	—	—	3.35	20
Pallasca	59	0.68	125	—	—	—	12	25
Carhuás	78	0.79	127	—	—	—	10	17
Huaraz	78	0.98	128	—	—	—	17	12
Canta	65	1.75	82	—	—	—	33	37
Huacochiri	61	1.12	69	—	—	—	18	29
Yauyos	62	0.80	83	—	—	—	13	16
Lucanas	90	0.65	95	—	—	—	7	10
Parinacochas	55	0.62	69	—	—	—	11	13
Condesuyos	83	0.76	211	—	—	—	9	12
MESETAS								
INTERANDINAS								
Jauja	48	0.75	116	—	—	—	16	22
Huancayo	37	1.06	93	—	—	—	29	28
Promedio Mantaro	43	0.90	104	—	—	—	23	25
Azángaro	—	—	192	—	—	—	—	7
Lampa	—	—	185	—	—	—	—	9
Huancané	—	—	196	—	—	—	—	6
Puno	—	—	175	—	—	—	—	5
Chucuito	—	—	167	—	—	—	—	7
Promedio Titicaca	—	—	183	—	—	—	—	7
VERTIENTE ORIENTAL								
Chota	47	0.43	111	—	—	—	9	14
Celendín	100	0.51	100	—	—	—	5	9
Cajamarca	76	0.43	127	—	—	—	6	7
Cajabamba	76	0.60	130	—	—	—	8	11
Huamachuco	86	0.75	156	—	—	—	9	24
Pomabamba	59	0.66	125	—	—	—	11	11
Huánuco	108	0.87	112	—	—	—	8	18
Pachitea	67	0.81	74	—	—	—	12	37
Pasco	76	1.45	139	—	—	—	19	25
Yauli	—	—	116	—	—	—	—	13
Tarma	52	1.64	112	—	—	—	31	65

Región/Provincia	MAÍZ		PAPA		Producción 1000 jornadas (tm)	
	Jornadas por ha	Producción por ha (tm)	Jornadas por ha	Producción por ha (tm)	Maíz	Papa
Acobamba	75	0.50	93	1.47	7	16
Angaraes	58	0.63	93	1.10	14	12
Huanta	57	0.62	82	1.23	11	15
Huamanga	63	0.41	82	1.30	7	16
Cangallo	63	0.60	102	1.30	10	13
Andahuaylas	97	0.86	117	5.36	9	46
Abancay	113	0.87	147	2.07	8	14
Aymaraes	108	0.74	147	1.14	7	8
Antabamba	100	0.64	144	1.72	6	12
Calca	142	1.47	128	2.36	10	18
Anta	136	0.78	123	2.58	6	21
Acomayo	125	0.82	91	1.63	7	18
Chumbivilcas	131	1.16	142	2.57	9	18
Canchis	144	1.08	140	2.03	8	15
Canas	—	—	143	2.28	—	16
Carabaya	65	0.73	189	3.25	11	17
Sandia	71	0.49	199	1.24	7	6
Promedio	88	0.79	124	2.22	10	18
SELVA						
Bagua	47	0.97	—	—	21	—
Huallaga	65	1.28	—	—	20	—
Marañón	94	1.14	130	1.33	12	10
L.a. Convención	142	1.02	128	2.12	7	17
Mant	70	1.03	—	—	15	—
Promedio	84	1.09	129	1.73	15	14

La agricultura en la vertiente occidental arroja en general mejores resultados que en la vertiente oriental. El rendimiento del trabajo en la primera supera en casi un 50% al de la segunda. Es probable que la explicación de estas diferencias deba buscarse fundamentalmente en las ventajas de acceso a los grandes mercados costeros, y también en la adquisición de insumos. Esto es notable en las provincias del hinterland de Lima, que tanto en el cultivo de la papa como en el del maíz aventajan a otras en la misma situación, inclusive a las del norte, con mejores condiciones naturales. La productividad más alta en la región de Arequipa se debe al mismo factor y al hecho de que allí todos los cultivos son de riego.

También el valle del Mantaro participa en la ventaja de su cercanía al mercado. Su mayor productividad se debe menos a una producción superior por hectárea, y más a la mayor utilización de implementos de labranza con tracción animal o a la utilización de tractores que permiten reducir a la mitad, en el caso del maíz, el tiempo de trabajo por hectárea utilizado en la vertiente occidental.

La producción en el altiplano puneño está limitada por factores naturales, especialmente el tipo de suelos y la extensión de la época con heladas nocturnas. El maíz puede cultivarse solamente en pequeños bolsones en las inmediaciones del lago, y la

papa muestra cosechas inferiores por hectárea, pese a que se utilizan más jornadas para su cultivo. El resultado promedio es que la producción por mil jornadas alcanza cantidades tres veces menores a las de otras áreas andinas.

La productividad en la vertiente oriental es ligeramente inferior a la de la vertiente occidental. La productividad se encuentra por encima del promedio en las provincias que pertenecen al hinterland de Lima. Así, los casos de la papa en Pasco y Tarma, y el maíz en Tarma muestran que la productividad con mayores insumos técnicos podría superar a la de la vertiente occidental. Un fenómeno significativo es la mayor utilización de mano de obra en todo el sur, a partir del departamento de Apurímac, que sí conduce a rendimientos mayores por hectárea; pero genera una productividad por jornada solamente promedio en el caso de la papa, y por debajo del promedio en el del maíz.

La productividad del trabajo en la selva, en los casos de maíz y papa que no perciben insumos técnicos mayores, es semejante a la de la vertiente occidental.

Las cifras ofrecidas, con todas sus deficiencias, revelan las limitaciones de la agricultura andina. De la productividad exigua del trabajo agrícola surgió la necesidad de la estrategia policíclica, y también

la necesidad de los agricultores de controlar los pastos de altura y la ganadería. La ausencia casi total de comunidades de pastores no se debe tanto a la imposibilidad de conducir una ganadería independiente de la agricultura, sino a la urgencia de los agricultores de las vertientes y mesetas andinas de complementar su subsistencia con los productos del pastoreo.

La inserción de la agricultura andina al mercado conduce a una asociación de la producción mercantil con otra, cuyos productos se destinan directamente al consumo, pues la baja productividad no podría asegurar el mantenimiento de la fuerza de trabajo a través del mercado. Esta asociación conduce en las comunidades –que a su vez son formas sociales surgidas a causa del cultivo policíclico, necesario por la baja productividad– a una estratificación interna que favorece a los sectores con mayor producción mercantil, los que a su vez se benefician a costa del sector directamente menos integrado a ella. Esta asociación se está produciendo en las comunidades en formas cada vez más nítidas. Ya se había producido con anterioridad asociada a la hacienda monoprodutora, que recurría en las épocas de mayor trabajo a la mano de obra proveniente de las comunidades. La recuperación de las tierras de las haciendas por las comunidades, como consecuencia de la reforma agraria de 1969, y los movimientos sociales posteriores

cambian la forma de esta asociación, pero no su esencia. El problema que subsiste es el de la productividad exigua y la permanencia de un mercado competitivo. La estrategia policíclica permite sobrevivir, es el optimum en condiciones adversas.

BIBLIOGRAFIA

La siguiente bibliografía es necesariamente fragmentaria. Contiene básicamente los textos citados, algunos trabajos de los últimos años y trabajos de carácter general o monografías. De ninguna manera trata de ser exhaustiva.

ADAMS, Richard N.

1959 *A Community in the Andes. Problems and Progress in Muquiyaayo*. Washington.

ALBERTI, Giorgio y Enrique MAYER (comp.)

1974 *Reciprocidad e intercambio en los Andes Peruanos*. IEP. Lima.

ALERS MONTALVO, Manuel

1967 *Pucará, un estudio de cambio*. Lima.

ALVAREZ, Elena

1980 *Política agraria y estancamiento de la agricultura, 1969-1977*. IEP, Lima.

ARGUEDAS, José María

1968 *Las comunidades de España y del Perú*. Lima.

ATLAS

1963-70 *Atlas histórico geográfico y de paisajes peruanos*. Lima.

CABALLERO, José María

1979 *La economía agraria de la sierra peruana en los albores de la reforma agraria*. Proyecto "Reforma y transformaciones agrarias en el Perú: Un análisis económico". Instituto de Estudios Peruanos (Ms.). Lima.

1980 *Agricultura, reforma agraria y pobreza campesina*. IEP, Lima.

CARDOSO, Ciro Flamarion Santana y Héctor PEREZ

BRIGNOLI

1979 *Historia económica de América Latina (2 vols.)*. Barcelona.

CASTRO POZO, Hildebrando

1924 *Nuestra comunidad indígena*. Lima.

CEEB (Convenio para Estudios Económicos Básicos)

1970 *Requerimientos mensuales de mano de obra para la agricultura por hectárea, por cultivo, por provincias y para la actividad pecuaria. Año base 1967*. Lima.

CELESTINO, Olinda

1972 *Migración y cambio estructural: la comunidad de Lampián*. IEP, Lima.

CENCIRA

1977 *Comunidades campesinas. Proceso histórico de diferenciación regional*, Lima.

CENSO 1972

1975-76 *Oficina Nacional de Estadística y Censos: II Censo Nacional Agropecuario (23 vols.)*. Lima.

COTLER, Julio

1959 *Los cambios en la propiedad, la comunidad y la familia en San Lorenzo de Quinti*. Lima.

DEGREGORI, Carlos I. y Jürgen GOLTE

1973 *Dependencia y desintegración estructural en la comunidad de Pacaraos*. IEP, Lima.

DE LA CADENA FERNANDEZ, María Soledad

1977 *Hombres y tierras: población y estructura agraria en la cuenca del río Cañete* (tesis). Programa de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica. Lima.

DGOR (Dirección General de Organizaciones Rurales)

1977 *Padrón catastral comunal. Comunidades campesinas y nativas del Perú*. Lima.

DOBYNS, Henry F.

1970 *Comunidades campesinas del Perú*. Lima.

ESCOBAR MOSCOSO, Gabriel

1973 *Sicaya, Cambios culturales en una comunidad mestiza andina*. IEP. Lima.

FLORES OCHOA, Jorge A.

1968 *Los pastores de Paratía. Una introducción a su estudio*. México.

1977 *Pastores de Puna, Uywamichiq punarunakuna*. IEP. Lima.

FUENZALIDA, Fernando; José Luis VILLARAN;

Jürgen GOLTE; Teresa VALIENTE

1968 *Estructuras tradicionales y economía de mercado, la comunidad de indígenas de Huayopampa*. IEP, Lima.

FUHS, Friedrich W. y Jan VINGERHOETS

1971 *Rural Manpower, Rural Institutions and Rural Employment in Thailand*. Bangkok.

GOLTE, Jürgen

1968 "Algunas consideraciones acerca de la producción y distribución de la coca en el estado meá". *Verhand-*

- lungen des XXXVIII. Internationalen Amerikanistenkongresses*. Stuttgart-München.
- 1973 *Bauern in Peru. Entwicklungsfaktoren in der Wirtschaft –und Sozialgeschichte der indianischen Landbevölkerung von der Inka-Zeit bis heute*. Berlin.
- 1980 *Repartos y rebeliones. Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*. Lima.
- GRONDIN, Marcelo
1978 *Comunidad andina: explotación calculada*. Santo Domingo.
- HARRIS, Olivia
1978 "El parentesco y la economía vertical en el ayllu Laymi (norte de Potosí)". *Avances*, N° 1. La Paz.
- HORKHEIMER, Hans
1960 *Nahrung und Nahrungsgewinnung im vorspanischen Peru*. Berlin.
- KLARE, Fritz
1932 "Einsatz und Ausnutzung der menschlichen Arbeitskräfte in bauerlichen Betrieben". *Landwirtschaftliche Jahrbücher*. Bd. 75, H. 1.
- KOEPCKE, Hans-Wilhelm
1961 *Synökologische Studien an der Westseite der peruanischen Anden*. Bonn.
- MARTINEZ ALIER, Juan
1973 *Los huacchilleros del Perú*. IEP, Ruedo Ibérico, Lima-París.
- MATOS MAR, José (comp.)
1976 *Hacienda, comunidad y campesinados en el Perú*. IEP. Lima.
- MATOS MAR, José y José Manuel MEJIA
1980 *Reforma Agraria: logros y contradicciones 1969-1979*. IEP. Lima.

- MAYER, Enrique y César FONSECA MARTEL
1979 *Sistemas agrarios en la cuenca del río Cañete (departamento de Lima)*. Lima.
- MONTOYA, Rodrigo
1980a "¿A dónde va el campo andino?" *Sociedad y Política*, N° 8. Lima.
1980b "Comunidades campesinas, historia y clase". *Sociedad y Política*, N° 9. Lima.
- MURRA, John V.
1975 *Formaciones económicas y políticas andinas*. IEP. Lima.
- ORLAVE, Benjamín S.
1979 "Ricos y pobres: la desigualdad en las comunidades campesinas". *Estudios Andinos*, año VIII, No 15, Lima.
- OSTERLING, Jorge P.
1980 *De campesinos a profesionales. Migrantes de Huayopampa en Lima*. Lima.
- PLATT, Tristán
1980 "Articulación comunitaria y reproducción del pequeño productor mercantil en el norte de Potosí, Bolivia". (Ms). Aparecerá en: *Avances*, N° 3. La Paz.
- RITTER, Ulrich Peter
1966 *Dorfgemeinschaften und Genossenschaften in Peru*. Göttingen.
- STIERLIN, Henri
1970 *Angkor*. Fribourg.
- TROLL, Carl
1943 "Die Stellung der Indianer-Hochkulturen im Landschaftsaufbau der tropischen Anden". *Zeitschrift der*

Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin. N° 3/4. Berlin. (Reeditado en castellano. con el título "Las culturas superiores andinas y el medio geográfico". *All-panchis*, N° 15. 1980. Lima).

VERGARA F., Abilio; Juan ARGUEDAS CH. y Genaro ZAGA S.

- 1980a "El Muymuy. Sistema de posesión y usufructo de la tierra y factor de cohesión comunal: Culluchaca". (Ms.) Ayacucho.
- 1980b "El problema de yanaraccay o el intento por desmembrar la comunidad de Culluchaca y de cómo ésta recurrió a un conjunto de mecanismos para impedirlo". (Ms.) Ayacucho.

El texto de este libro se presenta en caracteres Caledonia de 10 p. con 2 p. de interlínea. Las citas al pie de página en 8 p. con 1 p. de interlínea. Los títulos de capítulos en Garamond de 12 p. La caja mide 20 x 32 picas. El papel empleado es Obra de 60 gr. Fue reimpresso en mayo de 1987, en los talleres de la Imprenta PROPACEB. Calle Galicia 176 Higuiereta

Serie: COLECCION MINIMA

1. Richard M. Morse, Joaquín Capelo
Lima en 1900. Estudio crítico y Antología
Lima, IEP ediciones 1973, 200 págs.
2. Alberti, Bonilla, Cotler, Escobar, Matos Mar
Educación y desarrollo rural
Lima, IEP ediciones 1974, 56 págs.
3. Juan Martínez Alier
Los huacchilleros del Perú
Lima, París, IEP-Ruedo Ibérico 1973, 100 págs.
4. Heraclio Bonilla
El minero de los Andes
Lima, IEP ediciones 1974, 89 págs.
5. José Matos Mar, José M. Mejía
Reforma agraria: logros y contradicciones 1969-1979
Lima, IEP ediciones 1980, 138 págs.
6. José María Caballero
Agricultura, reforma agraria y pobreza campesina
Lima, IEP ediciones 1980, 158 págs.
7. Elena Alvarez
Política agraria y estancamiento de la agricultura, 1969-1977
Lima, IEP ediciones 1980, 90 págs.
8. Julio Cotler
Democracia e integración nacional
Lima, IEP ediciones 1980, 103 págs.
9. Jürgen Golte
La racionalidad de la organización andina 2da. edición
Lima, IEP ediciones 1987, 124 págs.
10. Assadourian, Bonilla, Mitre, Platt
Minería y espacio económico en los Andes
Lima, IEP ediciones 1980, 103 págs.
11. Oscar Ugarteche
Teoría y práctica de la deuda externa en el Perú
Lima, IEP ediciones 1980, 167 págs.
12. José María Caballero, Elena Alvarez
Aspectos cuantitativos de la reforma agraria (1969-1979)
Lima, IEP ediciones 1981, 151 págs.
13. Carlos Contreras
La ciudad del mercurio. Huancavelica, 1570-1700
Lima, IEP ediciones 1982, 126 págs.
14. José Antonio Lloréns
Música popular en Lima: criollos y andinos
Lima, IEP ediciones 1983, 163 págs.

01933



IEP
Biblioteca